
J. A. Durán

*El problema agrario
de Galicia
(Otro proceso de cambio por derribo)*

Este ensayo aborda, una vez más, el problema agrario de Galicia. Parece difícil, ciertamente, añadir palabra nueva a tantas otras que van dichas. Pese a todo, el presente análisis tiene ciertas pretensiones heterodoxas. Para empezar, no va dirigido a los fieles de esta o aquella capellanía, sino a las gentes, al público en general. No ha de resultar tampoco un ejercicio complaciente que cargue la culpa, de manera casi exclusiva, en las estructuras o en los campesinos o en los políticos, pues (quien más, quien menos) todos tenemos algo que ver en ese proceso de cambio por derribo, acelerado y fundamental.

Va formalizado el asunto desde perspectiva interdisciplinaria. Busca, al propio tiempo, establecer como una especie de diálogo con la literatura más significativa de que disponemos en Galicia sobre el tema, remitiendo muchas veces a su lectura, dado que no se trata de repetir aquí el análisis convencional del sector agrario, sólo queremos sugerir en qué estado de conocimiento anda el asunto.

Que sea su autor un hombre enfrascado en las historias y en la Historia de Galicia no debiera confundir demasiado: es, también, un historiador que hizo de la incursión por el pasado reciente de los pueblos condicionante básico de su

vieja pasión sociológica: un intelectual que centró el cuerpo principal de sus investigaciones en las comunidades *no urbanas*, lugar donde mora casi a diario, desde hace algunos años. Pero —claro está—, por la misma razón, tampoco las ideas que tiene del *hoy* y del *ahora* son tan coyunturales, tan de este año o de este lugar o de este momento, que evite el encuentro con la perspectiva, cuando ésta, precisamente por serlo, encierra claves fundamentales para la comprensión, dinámica y estructural, de esta hora de *derribo*, de *encrucijada*, de *marasmo*, según adjetivaciones literarias, muy justas por cierto, de la situación. Así, una de las conclusiones más obvias que podrían extraerse del análisis pudiera ser ésta: que el presente de los campos gallegos comienza a configurarse allá por los *años cincuenta*, rebasando su mitad, rematándolos ya para ser exactos.

Es entonces cuando la España de Franco comienza a perfilar algo así como una «política agraria» (ministerio Cavestany, 1951-1957). Pero el mismo posesivo denuncia la arbitrariedad que encierra tal lenguaje. Nosotros, muy desconfiados siempre de que una política, sea cual sea (menos aún la de este o aquel departamento) pueda cambiar el curso de la historia (agraria), trataremos aquí de interpretar su lógica desde el sentido global de las acciones todas del Estado, midiendo los resultados por las consecuencias prácticas y, en menor medida, por la expresa y concreta declaración de intenciones gubernamentales (aquella que rezaba en los discursos, en los preámbulos o en el mismo cuerpo articulado de la farragosa, voluminosa, contradictoria, literatura oficial aparecida acerca del asunto). Captar esa lógica —de cuyo grado de concienciación por parte de las camarillas y de los tabernáculos del poder, no podremos asegurar nada—, será otra de las finalidades de un ensayo que quiere insistir —porque no digan— en las motivaciones que justifican esta primera clave interpretativa: que sólo llegados los *años cincuenta*, tres lustros después de concluida la guerra civil, se dispone el Régimen triunfante de aquel desastre a esbozar las primeras acciones coherentes, propiamente suyas, por así decir. Ceñidos a los responsables de la política agraria, debemos recordar que desde las primeras horas pudo disponer el Movimiento del concurso de ciertos secto-

res del social-catolicismo más amarillista del agrarismo de antaño. Su acción política se limita, sin embargo, a continuar, limando toda aventura progresiva, proyectos nacidos de la Restauración que la Dictadura de Primo de Rivera o la misma República habían iniciado. La *nueva política*, si se mira desde ángulo gallego, tan sólo tiene en el frente agrario una acción específica: la concentración parcelaria (la ordenación rural tarda en acompañar aquellos trabajos) que nace en el papel con la creación de su Servicio Nacional (1952) y en la realidad con la solicitud formulada al mismo por hombres de Barcala (1958), tierra coruñesa —rara casualidad— con pasado intenso de luchas, sociedades y prensa agraria. Pero esta misma política, cegata y lenta hasta el desespero, parece inseparable de otra más drástica y operativa, aquella que se inicia con la creación del Instituto Nacional de Emigración (1956), pero que fuerzan y refuerzan circunstancias internas e internacionales —cada vez más, la misma cosa—, sobre todo razones de neocapitalismo mundial (aquellas que hunden en la desesperanza al mundo hispanoamericano en tanto reactivan los mercados y la potencia económica europea). La Europa de posguerra comienza a afirmarse como lugar de destino emigrante. El derribo de la España rural, la despoblación de sus campos (ese llamado con sorna plan Marshall español) coincide con el final de la política estabilizadora; desemboca en la liberalización del comercio exterior: la exportación de hombres, fundamentalmente.

La guerra civil se percibe como lejanía. Gentes que en ella no han tomado parte, cuando tienen «limpieza de sangre» (el escrutinio era cada vez menos estricto) llegan a la administración, en tanto las universidades acusan la presencia de los primeros conflictos (gabinete Ruiz Jiménez). Nosotros mismos llegábamos entonces a Compostela donde también se apunta un primer signo de corriente crítica (todo muy comedido, naturalmente, como nuestras corbatas, nuestras chaquetas, nuestras ideas y nuestro lenguaje disidente). Al final de este primer ciclo, cuando ya rompen los albores de la nueva década, aquellos apuntes se confirman de manera plena.

El lector debe conocer la historia y la lógica de este

ensayo. Escrito a finales de 1977 por encargo del Servicio de Estudios del Banco de Bilbao, abre el libro *Galicia. Realidad económica y conflicto social*, nunca distribuido. Aquí, por razones muy especiales, tengo interés en mantener inalterada aquella redacción de 1977 —la que figura en el libro—, pero, al propio tiempo, considero necesario actualizar el texto, pues circunstancias posteriores apuntalan hipótesis y tendencias previstas, modificando también el sentido de nuestra interpretación en más de un detalle. Así, desde el punto de vista formal, téngase en cuenta siempre que, de no mediar aviso alguno, el lector está siguiendo la redacción originaria; que todas las novedades posteriores al 77 son objeto de nueva escritura, se insertan entre corchetes —idénticos al que remarca este texto— o en notas de pie de página a las que remite siempre una llamada de asterisco (*). Considero que este sistema de presentación, lejos de resultar arbitrario en un análisis centrado en los cambios acaecidos tanto en la realidad como en su enfoque, potencian su sentido, refuerzan su lógica.

1. NUESTROS «ESTUDIOS CAMPESINOS»

Bastó tan tímido reblandecimiento de las condiciones generales para que saltase a la palestra el primer cuerpo de estudios manejables acerca del problema agrario de Galicia. Desde la guerra civil nunca se había visto cosa semejante. El Servicio Nacional de Concentración Parcelaria, por exigencias previas a su propio trabajo, ofrece un conjunto de monografías, de muy desigual utilidad. Frente a este nuevo organismo, frente a las apreciaciones (técnicas) de sus funcionarios, no es raro que alguna institución hundida por el nuevo Régimen (la Misión Biológica de Galicia, por ejemplo) apunte las primeras apreciaciones críticas —técnicas—, extraordinariamente comedidas, lanzadas contra la política de repoblación forestal o contra la misma concepción del problema agrícola de Galicia en su conjunto. Don Cruz Gallástegui Unamuno (el más importante fichaje realizado en los días de Primo de Rivera por Daniel de la Sota, hombre omnipotente en la Diputación Provincial pontevedresa), director de aquella Misión, firma entonces un apasionante borrador —*El Campo*

Gallego, Buenos Aires, 1958— que contiene muy sutiles revisiones de sus puntos de vista. Gallástegui, como Rof Codina, como Luis Peña Novo, como Otero Pedrayo, como Paz Andrade, cuyo moderantismo de siempre proclama el hecho mismo de su sobrevivir a la escrupulosa cacería ejercida sobre teóricos y dirigentes del agrarismo gallego de pre-guerra (voces, por cierto, que siempre anduvieron más cerca del social-catolicismo agrario que de cualquier aventura demasiado radical) comienzan a tener algo que decir, si bien han de utilizar tribunas de la emigración y del exilio americano para hacerlo. Sin duda fue ésta, por moderada que hubiese resultado dos decenios antes su palabra, la voz de *los maestros*: fueron, por lo menos, los únicos de entre quienes pudieron hablar que lo hicieron.

Pero esta voz tiene una significación mucho menor que el eco de otra experiencia coetánea, sorprendente en cierto modo, nacida de sus propias raíces: la *Revista de Economía de Galicia* inicia su dilatada caminata (1958-1966) bajo la dirección de un abogado-economista. Jaime Isla Couto, galleguista de orientación demócrata-cristiana. En estas páginas comienza también a aparecer un joven de Compostela, José Manuel Beiras, que terminará codirigiéndola. El ha de ofrecernos, andando el tiempo, la primera visión integradora de los puntos de vista que más ampliamente estiman las nuevas promociones de estudiosos, como los propios *maestros*, casi hasta nuestros días: *El problema del desarrollo en la Galicia rural* (1967) es un libro nacido de la línea editorial de aquella revista. Pese a sus evidentes limitaciones —siempre reconocidas por su autor— estaba llamado a ser importante y significativo (incluso desde el mismo título). Los cambios que introduce la más globalizante continuación, *O Atrazo Económico de Galicia* (1973), no modifican demasiado su perspectiva, si se mira desde el ángulo de interpretación de la cuestión agraria (o, por lo menos, de nuestra particular lectura). La conciencia de que en Galicia existe una *situación de subdesarrollo*, como la aplicación —demasiado mecánica para nuestro gusto— de modelos interpretativos que expliquen la *causalidad* del mismo, como la perspectiva *economicista*, fueron aportes innegables de Beiras que, de alguna manera, siguen vigentes, o

vinieron a alentar las múltiples revisiones, los matices y hasta los errores más reiteradamente mantenidos en la actualidad (como Rafael Sánchez Ferlosio explicaba en contexto harto diferente, unas aportaciones que, como éstas, andan tan a la altura de la discusión, de la verdad, incluso del error presente, deben merecer siempre gratitud, admiración y respeto por mucho que se contradigan).

Como colados de rondón, silenciosos, hablando más por sí mismos que por la línea editorial, la *Revista de Economía de Galicia* insertaba también otros trabajos, para nosotros de una fertilidad incomparable (veremos después por qué), si se comparan con las grandes interpretaciones. Nos referimos a las variadas monografías que llegaron a sus páginas, como las suyas propias, a través de un geógrafo, también de extracción galleguista, de quien se habla poco y al que habría que agradecer no sólo éste, sino otros servicios: Francisco Javier Río Barja. Son calas académicas, pero insólitas en la Universidad de entonces, que nos permiten tomar contacto directo con la realidad agrícola y ganadera, presente e histórica, de varias comarcas, en penetraciones casi siempre cargadas de interés, dada la precariedad informativa que caracteriza aquella circunstancia, dada la evidente ruptura entre la agricultura gallega de un presente que empezaba a nacer y la anterior a la guerra civil (1).

Además de los estudios realizados por el Servicio de Concentración Parcelaria y del aporte de la *Revista de Economía de Galicia*, hay que reseñar aquí la evidente utilidad de otros trabajos que llegan por vía de servicios oficiales o sindicales del Régimen, pero que tienen cierto despegue crítico o evidente importancia informativa. Nos referimos en concreto a los *Mapas Provinciales de Suelos* y a ciertas monografías que prefiguran la línea y el tono de lo que ha de ser, generalmente, fárrago insufrible en las publicaciones de los Consejos Económicos Sindicales (de un

(1) La *Revista de Economía de Galicia* también rescató algún texto importante de aquella etapa, de los autores antes citados mayormente, pero la lectura que su joven redacción hizo de ellos fue casi siempre arbitraria, desajustada por lo menos.

lugar que no mentan tan siquiera hasta mucho después, sito en un punto cardinal: el Noroeste) (2-3).

* * *

A 1962 corresponden los datos obtenidos en el primer *Censo Agrario* (un decenio más tarde, acrecentando el interés de esta fuente por las posibilidades comparativas con aquél, aparece el segundo). En 1963 el Servicio de Concentración Parcelaria y Ordenación Rural ofrece al público una monografía cargada de información utilizable: *Explotaciones agrarias familiares. Contribución a su estudio en la provincia de La Coruña*. Era el comienzo de una serie de investigaciones que habían de revisar a fondo el precario horizonte de los «estudios campesinos» de Galicia. La síntesis de Angel Cabo Alonso (1961) abre la fértil perspectiva geográfica, centrada en el análisis de la evolución histórica del paisaje agrario gallego, en incursiones de «larga duración», perspectiva esta que ha de conducir, andando los años, al primero de los ensayos de Jesús García Fernández (1972) y, sobre todo, a su libro —para nosotros fundamental—, *Organización del espacio y economía rural en la España Atlántica* (1975), donde se intenta la más ambiciosa e incisiva interpretación general disponible del problema agrario gallego: «Galicia. Una economía rural de carácter tradicional.»

También la diaria hoja de prensa, a partir de aquellos años sesenta apenas iniciados, comenzó a meter baza en la cuestión. Nosotros mismos, en modesta medida (muy bien acompañados, por cierto) contribuimos a implantar en el periodismo gallego, como si fuera lo más normal, la atención por los asuntos sociales, políticos y culturales del país que nos parecían de mayor alcance. Andando el tiempo, ceñidos ya a la temática específica de este ensayo, debemos reconocer que sólo *La Voz de Galicia* y Obdón Luis Abad Flores aparecen como muy dignos de ser aquí mentados por

(2-3) Por ejemplo, los estudios de César López-Canabal y Pedro Rial López sobre el campo pontevedrés. Quien desee comprobar las afirmaciones vertidas hasta aquí, puede recurrir a dos fuentes informativas de gran importancia: Francisco Javier Río Barja, 1960, y José Muñoz Pérez-Juan Benito Arranz, 1961.

su propio nombre. Este último ya clamaba por entonces (en el desierto, se debería decir) por la misma reforma agraria que llena de interés su último libro (1977), especie de gran testimonio de un testigo privilegiado del problema, cuya palabra debe ser tomada en consideración.

Los técnicos, como los geógrafos, como los divulgadores, no estuvieron solos en la tarea de revisar el problema campesino de Galicia. La perspectiva se amplió: algunos sociólogos, con criterios pacatos, escasamente aventurados, sólo críticos moralizantes y aparentes, iniciaron entonces sus aproximaciones empiristas. El *Plan CCB* de Cáritas Española, primero: los *Informes F O E S S A*, después, hicieron época. Tal metodología alienta el *Informe Sociológico sobre el Municipio de Teo*, elaborado por la Escuela de Enseñanza Social de Galicia (1969). Nosotros, desde otro emplazamiento teórico, realizábamos poco antes las calas del primer *estudio sobre el terreno* (llevados de la mano, en un principio, de Víctor Pérez Díaz); la experiencia resultó traumática, convirtiéndonos en especie de trotamundos, una figura gallega por demás, por mucho que recelen de ella los sedentarios; experiencia fecunda, muy recomendable por otra parte, para orillar el principal defecto del *provincianismo* que no consiste, en nuestra interpretación de él, en el hecho de vivir en la provincia (colonizados por el Imperio) —condición ésta ineludible para todo mortal que se precie—, sino creerse únicos o exclusivos en el sufrimiento, tomar por particular lo que es general, poner —lo decía bellamente E. R. Leach— a la verdad fronteras, jugando así en favor del Imperio a la desunión y a la insolidaridad de los oprimidos.

Como se dijo del libro de García Fernández, los aportes más renovadores para los «estudios campesinos» de Galicia —hay que reconocerlo así— llegaron «de fuera» en gran medida, vinieron a contrapelo la mayoría de las ocasiones (su efecto fue —no pocas veces— bloqueado, contenido por sutiles críticas de pasillo, verbales casi siempre). El monumental estudio de nuestros viñedos, realizado por A. Huetz de Lemps (1967), no fue siquiera traducido, apenas llegará a la veintena el número de lectores gallegos (y cuento entre ellos al reducido paquete de especialistas); la superación del

enfoque etnográfico y folklorista por una fértil analítica antropológica (Carmelo Lisón Tolosana), clave en tantos aspectos, fue recibida a regañadientes porque obligaba a archivar, en considerable medida, el almacén de tópicos siempre repetidos (otras sutilezas —algunas muy justas— vienen a dar aquí). Si se me permite, también señalaría, enclavándolas dentro de esta misma dirección, ciertas calas de historiador que para mayor *inri* —¡bendita heterodoxia!— van firmadas por hombres nacidos en el país o formados en él casi desde la cuna; pero que se niegan a repetir en más reducida dimensión el viejo juego de las iglesias, los santos, los herejes y los trascendentalismos. Romper la línea mítica que conduce, de una parte, al arcadismo campesino (una aldea sin tensiones y una casa en compañía familiar), de otra, a tomar como si fuera voz de clase o propio tono de oprimidos el eco de nuestros campos, negándose a reconocer, o silenciándola, la vieja brega de las gentes campesinas o de sus vanguardias agraristas, encerrándolo todo en esa sutil mixtificación de hacernos creer que hay dos clases de burguesía —buena y generosa la una, mala y emisaria la otra— en lugar de reconocer el verdadero sentido unitario de las clases y la realidad de su lucha...

No estamos, aunque lo parezca, navegando a distancia del asunto de nuestra competencia, pues el problema campesino —lo veremos— dista mucho de haber sido cuestión de esta clase de gente, sino comida de la clase político-intelectual (*). Y es así como, a partir de 1972, esta nueva analítica de múltiple frente estalla en aportes diversos, que coinciden con la avalancha de literatura marxista, asumida con pietismo digno de mejor causa tantas veces. Los *estudios campesinos*, ahora en sentido estricto (ya muy próximo, desdichadamente, a convertirse en académico) (4)

(*) «En efecto, os colaboradores que inteveñen, as persoalidades entrevistadas, os autores de traballos ou conferencias reseñados, son profesores, abogados, notarios, médicos, poetas, mestres, economistas, inxenieros agrónomos, peritos, farmacéuticos, sacerdotes, veterinarios, algúns deles orixinarios do campo e outros non. Comparando o contido ao que facemos referencia cun órgano próximo da prensa, a *Revista de Economía de Galicia*, a nosa opinión parece confirmarse» (Arturo Aldemunde, 1979).

(4) Me refiero a la plural línea analítica, cada vez más configurada en torno a tal

parecen a punto de nacer entre nosotros, como síntesis interdisciplinarias, muy apoyadas en investigaciones empíricas planteadas de manera amplia e imaginativa, a la altura de las exigencias teóricas y epistemológicas del presente, sin concesiones fáciles a una galería muy necesitada de ejercer sobre sí propia profundo re-examen.

Y, en efecto, hoy (1980) ya podemos comenzar a ofrecer señales inequívocas de que el nuevo campo de los *estudios campesinos* de Galicia es una realidad. Sin embargo, las perspectivas adoptadas son, por el momento, más académicas y disciplinarias que de ruptura interdisciplinar (abundan, al propio tiempo, las calas posicionales, políticas, incluso dogmáticas). Proliferan ahora los «equipos de estudio» del mundo rural, si bien son más conocidos por sus nombres, registrados en la prensa, que por los aportes bibliográficos. El cambio de enfoque resulta claro y evidente, pese a todo. La *Revista Galega de Estudos Agrarios* se perfila como órgano bien dispuesto a dar cobijo a estas nuevas tendencias interpretativas, y en ella, cada cual desde su especialidad, vienen escribiendo sociólogos, antropólogos, economistas, historiadores, profesores por lo general de la Universidad compostelana. Existen otros campos de aproximación al problema agrario que, por su continuidad o por su significación, merecen ser destacados aquí: Gonzalo Fernández se ha mantenido siempre fiel a su línea interpretativa, iniciada en páginas de la revista *Chan* (1969-71), y desde 1976 viene preparando para el Servicio de Estudios de la Caja Rural Provincial de Orense unos útiles *estudios económicos* anuales, centrados siempre en el problema agrario de Galicia (tales trabajos, por lo demás, presentan el valor añadido de ser como una especie de racionalización cuantificada del punto de vista que las COREN-UTECO tienen de la cuestión, y ya veremos la importancia de esta iniciativa orensana en el contexto global de la nueva agricultura gallega). También la fértil perspectiva geográfica, abierta por Angel Cabo y García Fernández, continúa ofreciendo señales claras de su importan-

nombre, donde se alinean Wolf, Galeski, Martínez Alier, Shanin, y donde deben figurar muchos más nombres de los que gusta de recordar Eduardo Sevilla Guzmán, descubridor en España de este mediterráneo, cuyas aguas quiere conducir al molino académico.

cia: puede verse en aportes del estilo de la reciente *Miscelánea de geografía de Galicia*, publicada como homenaje a Ramón Otero Pedrayo, y en el prolijo estudio de Abel Bouhier, *La Galice. Essai Geographique d'Analyse et d'Interpretation d'un Vieux Complexe Agrarie*. Desde ángulo económico, los pioneros de la reinterpretación que se nos antoja de mayor incidencia serían Emilio Pérez Touriño (1977) y Xosé Colino Sueiras (1978). Por su drástico enfrentamiento con las tradiciones, también desde perspectiva marxista, pero mucho más doctrinaria que los dos antecitados, tratando de cortar el paso a todo género de *populismo* y a cierta complacencia *eurocomunista*, tiene interés registrar aquí el libro de Albino Prada y Abel López, pese a su esquematismo. El dominio del enfoque economicista prevalece, por tanto, dentro de la nueva orientación y del nuevo enfoque dado al problema por los estudiosos gallegos. Es un hecho, sin embargo, que el *re-examen* que pedíamos estaba comenzando a producirse entonces, cuando los mismos autores del libro *Galicia. Realidad económica y conflicto social* lo abordábamos por propia cuenta. La coincidencia de gentes tan diversas en la nueva orientación es, desde luego, motivo digno de destacar por lo que pudiera suponer a partir de ahora.

Pero esta explosión tiene complejo sentido y enmarque aún más español que específicamente gallego (de ahí la muy estimulante presencia de investigadores «foráneos»). Víctor Pérez Díaz, pionero en la tarea, evidenció sus motivaciones más hondas en un ensayo penetrante (5). Eran, precisamente, los cambios fundamentales que se venían operando en Galicia (y en España) por entonces los que impulsaban a sus intelectuales más jóvenes (algunos que, como Julio Caro Baroja, no lo eran tanto, sirvieron además de guía) a revisar a fondo la historia oficial del pasado inmediato, a ahondar —sin demasiado esquema preconcebido— en el estudio de la economía, la sociedad, la cultura, y a hacerlo no con criterios generalistas, sino con metodologías exigentes, particularistas, que permitieran captar lo general y lo específico en la vida cotidiana de nuestros pueblos, tan diversos.

(5) Cfr. «Teoría y conflictos sociales», en V. Pérez Díaz (1974).

Andalucía, Cataluña, el País Vasco, Castilla, Galicia, se beneficiaron algo del esfuerzo, casi exclusivamente personal, de estos investigadores. Nuestro país gallego asistía entonces, mudo todavía, pero asombrado, casi atónito, a una experiencia histórica sin precedentes: en 1963, por vez primera, el número de repatriado de Ultramar iguala las salidas transoceánicas de Galicia. Comienza también la drástica reducción de esta vieja tendencia a la emigración ultramarina, estabilizada ya en los tres años anteriores. Pero es sólo una ruptura, cargada de sentido, con lo que parecía arraigada tradición (6). Distaba mucho de romper —antes bien, afirmaba— el destino errante, casi bíblico, conquistado por nuestro pueblo a lo largo del tiempo, especialmente en los últimos ciento veinticinco años. Ni siquiera los sucesos dramáticos, marcados con sangre y fuego, de Mazaricos, nos señalaron tanto como aquella riada migratoria de 1964, cuando uno de los propagandistas iniciales del Régimen (ya muy vuelto de cara a su realidad) exclamaba en tono más razonable que patético: «Esto es la despoblación, la deserción, el éxodo masivo de un pueblo» (Luis Moure Mariño). Y lo era, ciertamente: entre 1962 y 1964 se habían ido a Europa —tal, el sentido del cambio— 49.714 paisanos nuestros; pero otros tantos, poco menos, marcharon hacia América, como postreros testigos de la vieja aventura; y una tercera remesa, comparable, se dirigió a otros puntos interiores de Galicia y de España, en un movimiento de gentes de imponente alcance que no había hecho más que comenzar. En la primera mitad de los *años sesenta* 152.000 hombres y mujeres, muy jóvenes la mayoría, abandonaron sus lugares de origen, en muchos casos para no volver a ellos jamás. Entre 1964 y 1973 Galicia perdió otros 49.686 habitantes por emigración «interior»; la «continental» vigilada alcanzó a 199.305; la «transoceánica», 65.663. En suma: sólo en este decenio el país sufrió unas pérdidas de 334.029 hombres, la mayoría originarios

(6) Jesús García Fernández (1965), autor del análisis más completo disponible acerca del fenómeno, considera a la emigración transoceánica gallega como una especie de *expatriación*, cosa que la distingue nítidamente de la cántabra y de la canaria. Convertida en mecanismo, por efecto de sus reglas y de su tradición, resiste algunos años el empuje de la salida a Europa, y su libro se escribe todavía bajo el efecto de esta extrañeza.

de nuestras comunidades *no urbanas*, campesinos mayormente.

Todo comenzó a resquebrajarse desde entonces, porque aquellos números no podían ocultar el hecho de que «los movimientos migratorios gallegos hacia el exterior de España supusieron siempre una proporción del total español que sobrepasó en varias veces la parte que le pudiera corresponder en función de su población relativa, afirmación válida incluso en comparación con ciertas regiones españolas subdesarrolladas» (Camilo Nogueira, 1977). Así, cuando nace del lado del Régimen la política interior del desarrollo tecno-industrial, comienza a perfilarse, con timidez, el primer apunte de una oposición gallega impotente entre comunista y nacionalista, que se afirma en la brega cotidiana de los comunicados de la firma de los primeros documentos comprometidos, de las primeras escisiones, de los primeros partidos verdaderamente activos. La politización del conflicto de Castrelo de Miño (que no era sino un paso más en la política estatal de concesiones a las empresas hidroeléctricas) marca el comienzo de los nuevos tiempos para la oposición gallega. La emigración se ve como «la principal y la más evidente manifestación del subdesarrollo económico de Galicia» (*Ibid.*). Pero su análisis remitía a todos hacia el origen, obligaba a mirar hacia el campesinado, hacia la agricultura gallega, de donde procede, como hemos dicho, el mayor volumen de población emigrante. Comienza entonces a detectarse su drama interior: en 1964 aún se descubren salarios de 15 pesetas/día a *mantenido*. Pocos meses después, cuando un equipo de universitarios madrileños penetra en Galicia por el Este orensano, registran en su informe un alza salarial que multiplica por diez o por veinte, según el grado de cualificación, aquella base (7). Pero ni siquiera este incremento consigue retener a las gentes en los lugares de origen (8). El fenómeno, agudamente orensano, distaba

(7) En 1977, según Comisiós Labregas, los salarios que debieran regir en el campo coruñés son de 522 ptas./día para los no cualificados; supera las 650 ptas./día para los especialistas.

(8) Cfr. M. R. Castells Vila, 1967. Este estudio tiene como base el de Nicolás Tenorio, realizado en los años alborales del siglo, por lo que permite captar algunos cambios importantes operados en las tierras de Viana desde entonces.

mucho de serlo de Orense en exclusiva. Era algo general, ni gallego tan siquiera. Julio Caro Baroja estuvo particularmente afortunado en la denuncia escrita de aquella situación, cargada de patetismo y de tragedia.

Incluso la Universidad de Compostela, al fin sensibilizada —después de larga espera— por los problemas estudiantiles españoles, trató de integrar la preocupación, haciéndole un lugar en sus pasillos y hasta en alguna de sus aulas. La pequeña ciudad, en trance de expansión, se convirtió en horno de aquellas inquietudes, particularizándolas en el propio *caso gallego*, cosa lógica tanto por el magisterio de los maestros, como por el juego de los intereses partidarios, como por el relativo consentimiento del Régimen para el culteralismo (muy hábilmente practicado por los galleguistas desde sus propios orígenes históricos). Así, la ambientación fue fundamentalmente nacionalista a partir de 1967. El horno compostelano daría lugar al cocido cultural de los nuevos análisis, de las múltiples tendencias, significativamente, cinco años después (9-10). Los estudios sociales, también en Galicia, nacen como respuesta (y como autojustificación) ante los problemas sociales del país; nacen igualmente —no se pase este detalle por alto— del muy considerable reblandecimiento del Régimen, que ya tiene entre sus mandarines a muy concidas figuras de la *nueva democracia* de nuestros días (como, en gran medida, aquella oposición es la oposición establecida del momento). En una sociedad mayormente rural, de siempre campesina, que ahora va camino de despoblarse, de dejar de serlo, ¿qué hay de raro en el hecho de que la mayor parte de los esfuerzos de todos se encaminen a interpretar el sentido de aquel proceso, sin duda generado por la más implacable acción de derribo que viera nuestra historia?

* * *

(9-10) En 1967 se publican, además del libro antes citado, el primero de los de Beiras, el de Alberto Míguez, y un número especial de *Cuadernos de Ruedo Ibérico* dedicado a Galicia. Todos ellos alcanzarían notoria difusión. Sobre la ambientación nacionalista y acerca del caldeo compostelano de estos años, cfr. Víctor Freixanes, 1976. Acerca de la incidencia de la ideología magistral del nacionalismo en la prensa gallega, con relación a la cuestión agraria, véase Arturo Aldemunde, 1979.

La despoblación de los campos era el coste del desarrollo económico-industrial, alentado desde las mismas faldas del poder, según decía la literatura oficialista del momento. Su oposición, dispuesta ya a disputarle palmo a palmo aquel dominio, aprovechó el juego desarrollista como pudo. Mas —he aquí lo grave— la discusión pudo establecerse porque el uno y la otra participaban ampliamente de los mismos presupuestos: la ideología desarrollista fue pan común del que todos hubimos de alimentarnos, pese al auge de la *nueva izquierda*, de los movimientos contraculturales y de las progresivas protestas estudiantiles contra el bienestar (*). El *economicismo desarrollista* se metió en el alma de casi todos, tecnogobernantes, críticos y críticos de los críticos. Así, los hombres cocidos en este horno cultural, por querer cercar la gestión, por salir cada día al quite de la teoría y de la praxis gubernamental, quedaron atados a su propia lógica: aceptaron demasiado acríticamente una de las cuestiones límite, verdaderamente vertebrales de nuestro tiempo. Buena parte de la literatura relativa al problema agrario de Galicia, como reflejo de lo anterior, tiene sentido y motivación política, fundamentación más economicista que llanamente analizadora, fue muchas veces —la mayoría, quizá— por detrás de la iniciativa gubernamental; su interés se vino abajo al desaparecer el marco que le había dado sentido. Los estudios capaces de superar desde un principio las limitaciones del encuadre fueron generalmente mal vistos por tirios y troyanos. Se comprobaba, una vez más, el peligro que encierra toda crítica que constriñe su labor como negatividad a cuestionar la praxis gubernativa (como aceptando su fundamento e, incluso, las argumentaciones oficiales). La pérdida de la iniciativa analítica agudiza así la dependencia del estado de cosas y del Estado mismo (de cuya glorificación se participa jugando a su favor al modo *posibilista*, haciendo creer que existen alternativas viables para un mejor funcionamiento dentro del mismo esquema, es decir, confiriendo sentido y seriedad al juego de razones, acciones, justificaciones, de sus representantes y de los intereses en que basa su propia arbitrariedad).

(*) En este mismo sentido, cfr. Aldemunde (1979).

Agentes de ella, los desarrollistas de tal o cual laya, participaron también en las acciones de derribo. Como eran, bien de veces, profesores, al mismo tiempo que políticos, colaron en la aldea, aliándolos en su tarea, a los estudiantes que no supieron ponerse a cubierto de la tal doctrina, y así la otredad —ya suficientemente instalada en la aldea, por la misma acción demoledora del Estado, de sus portavoces y de sus consecuencias— tuvo también personificación en los propios vástagos menores de la *casa*, trocados en activos poderosos de la destrucción que estamos emplazados a sugerir (11).

2. PROBLEMA DE FUENTES

En 1980 los «estudios campesinos» continúan adoleciendo en Galicia de graves limitaciones, no sólo por su encuadre ideológico. Las fuentes son precarias, imprecisas, desajustadas. Tales insuficiencias se acrecientan en cuanto se trata de penetrar en el análisis, básico, del entramado estructural. Es una vieja historia que nos obligó a utilizar, como punto de partida menos inseguro, la observación directa, más o menos participante, recabando también, como apoyo analítico, aquellas investigaciones de carácter monográfico, de dimensión comunitaria, a las que aludíamos con respeto más arriba. Pese a su carácter estimativo, pese a basarse en encuestas y en presupuestos metodológicos apenas depurados, tienen cuando menos esta virtud: la de aventurarse en la descripción o en la interpretación de un fenómeno concreto, sin hacer uso presuroso del ácido académico o de esa especie de disolvente que consiste en aplicar, de manera mecánica, la gran teoría (*). Pongamos a prueba, por ejemplo, nuestra gloriosa sabiduría generalista en el abordaje de las cuestiones fundamentales que condicionan nuestro paisaje agrario. Sea —para empezar— la de quienes tienen, en realidad, la propiedad de la tierra.

(11) William Christian, al abordar la quiebra presente de la religiosidad y de las devociones populares (1979), subraya el papel jugado en ella por los escolares de la casa y de la aldea, y por los mismos curas. Pero también, dentro de esta armazón vertebral de la ideología campesina, el sino, sin rostro, donde todos jugamos al alimón.

(*) En el mismo sentido, cfr. Colino (1978).

Sólo groseras obviedades seguimos afirmando. Muchas dudas, ya esbozadas por los mejores tratadistas del primer tercio del siglo, se mantienen. Parece seguro que continuamos infraestimando, por un lado, el volumen de los propietarios absentistas, de otro, como lógica consecuencia, la importancia del arriendo y de la aparcería (o de otras formas encubiertas de dominio indirecto de la tierra que guardan relación ahora con el fenómeno emigratorio). Jesús García Fernández plantea el problema en estos términos (12):

De este modo, aunque las unidades de explotación presentan a lo largo de Galicia una gran variabilidad, nunca son de grandes dimensiones. Por su tamaño, no sólo son bastante más pequeñas que las características de la mayor parte de otras regiones españolas, sino también más reducidas que las del resto de la España Atlántica. Así, con la redención de los foros, no es mucho precisamente lo que el campesino gallego ha podido obtener. Pero, además, en la mayor parte de los casos, no todas las parcelas que trabaja son de su propiedad. Las formas indirectas de tenencia de la tierra siguen perviviendo, y aunque hayan perdido la importancia que tenían en otra época, continúan siendo una característica del campo gallego. En la provincia de Pontevedra se calcula que una quinta parte de la superficie laborable no pertenece a los labradores que las explotan: el 12 por 100 es llevado por ellos en aparcería, y un 8 por 100, en arrendamiento. En las aldeas de San Juan de Barcala y San Miguel de Cabañas esta proporción asciende al 40 por 100. En el municipio de Ferreira de Valedouro, del total de labradores, el 45,6 por 100 son caseros, es decir, colonos, y el 54,6 por 100 son propietarios. Hay algunas de sus parroquias, como Budián (17 por 100) y Villacampa (20 por 100), en donde estos últimos supo-

(12) Cuando no se indica otra cosa, todas las referencias o citas de García Fernández proceden de su libro de 1975.

nen una minoría. La explotación directa es dominante; pero rara es la comarca o unidad de explotación donde la aparcería o el arrendamiento no conserva aún cierta importancia.

El origen de esta situación responde a diversas causas. La propiedad está mucho más repartida que las unidades de explotación. Más de la mitad de los propietarios (53 por 100) lo son de menos de media hectárea, y el 91 por 100 no llegan a tener 5 Has. Esto nos indica que, al ser mayores las explotaciones, una gran parte de las tierras de propiedad están trabajadas por campesinos que no son dueños de ellas. Tampoco la propiedad absentista, e incluso la gran propiedad a escala regional, ha desaparecido. Las estadísticas oficiales de carácter fiscal no permiten apreciar esta circunstancia; pero no faltan testimonios de su existencia.

El autor, para detectar esta circunstancia, sin duda importante (pues condiciona, de hecho, cualquier proyecto de transformación) tuvo que apoyarse en aquellos estudios monográficos de los años *cincuenta y sesenta*, estudios que cita expresamente en cada caso. Que esta situación no ha desaparecido, si bien parece haberse atenuado (aunque trocándose en otra no menos grave y acuciante sobre la que volveremos), se evidencia en la lectura de las reseñas municipales, comarcales o locales (muy deficientes por lo general, ¡qué lástima de oportunidad!) que viene publicando la *Gran Enciclopedia Gallega*. Así, García Fernández llama la atención, razonablemente, sobre la importancia (y la persistencia histórica, añadiríamos nosotros) de las *explotaciones de carácter mixto*, ya desde el punto de vista de la propiedad de la tierra, pues «si son pocas las que no cuentan con tierras propias, también son escasas las que se componen exclusivamente de heredades ajenas. Lo general es la mezcla de unas y otras, y la mayoría de las veces son mixtas». En suma: que el arriendo y la aparcería de una parte de la tierra es característica del minifundio gallego.

* * *

El encubrimiento (la glorificación, incluso) del sistema

de aparcería de tierras (y, por supuesto, del *gando posto*, del ganado «a ganancia»), sobredominante en la Galicia de principios de siglo, aparece cargado de significación. Es un rasgo de la ideología del propietario absentista del país, figura mucho más abundante y trascendente de lo que creen esos ingenuos propagadores de la idea de que en Galicia no hubo (o apenas) burguesía (raro milagro, casi inconcebible). El burgués con *dinero en tierras*, que vive por la pensión y la renta del trabajo casi servil de un campesinado supernumeroso, hambriento de ellas, fue testigo influyente y participante en todo tiempo, y no es raro que aquella ideología ocultista de la situación se originara —como la glorificación del paternal dominio— en familias, en juristas y en intelectuales, que tienen tal origen social (J. A. Durán, 1977, y *En preparación*).

Pues bien, los *censos agrarios*, sin duda la fuente estadística más utilizada en los «estudios campesinos» de Galicia, continúan infraestimando esta realidad, siempre encubierta. Parece inaceptable de todo punto que en la Galicia de 1962 sólo un 3,5 por 100 de la tierra se llevase en régimen de aparcería (superada incluso por el arrendamiento: 5,65 por 100). Creemos, por supuesto, que esta importancia relativa decayó a partir de entonces, pero no hasta el extremo que indica ese 1,95 por 100 de la misma fuente para 1972 (el arriendo se mantendría estable: 5,22 por 100). El vicio procede del mismo origen, es decir, del mecanismo por el cual se obtiene esta información, pero sus consecuencias —a saber por qué— son mucho mayores en Galicia que en la Mancha, por ejemplo. Como ya señalara Malefakis (1971), los censos se interesan «por la distribución de la tierra en su sentido operativo, no jurídico: por aquellos que dirigen la explotación, no por los propietarios en sí mismos». En consecuencia, también el uso de esta fuente, si se desconoce la tal circunstancia (demasiado pasada por alto, incluso por especialistas) puede caer en la vieja encerrona de la literatura gallega acerca del asunto: confundir a los propietarios de la tierra con los labradores, con los campesinos de oficio, error antañón, interesada o inconscientemente mantenido hasta nuestros días (J. A. Durán, 1977).

Pero esta misma circunstancia, como el extraordinario dinamismo (tan característico del complejo proceso de minifundización de la tierra a partir del último cuarto del siglo XIX, agravado desde 1900, mantenido después de la guerra civil) invalida la hipótesis del propio Malefakis consistente en dar por establecida, en más o en menos, a comienzos de siglo, una estructura de la propiedad como la que refleja el catastro en los *años cincuenta*. Tal estructura, al igual que la misma hipótesis, pudiera resultar aceptable, con retoques, en áreas latifundistas (que son, por cierto, las que él analiza con agudeza), pero no puede mantenerse de ninguna manera —con el grave riesgo de no entender nada— en áreas actualmente minifundistas. Quiero decir: entre las características profundas que diferencian estructuralmente las grandes explotaciones de las pequeñas (tomo ahora la categoría *fundio* como sinónimo de explotación, dejando entre paréntesis el número de parcelas que lo integran) está la de que, frente a la relativa *estabilidad* y *persistencia* de los latifundios, salta la *movilidad*, verdaderamente característica, del minifundismo, siendo Galicia espléndido ejemplo de esta situación, apenas explorada, pues los estudios relativos al complejo proceso de compra-venta de parcelas, de redención de foros, de acceso a la propiedad por multidivisión de viejas propiedades o por curiosos sistemas de dimensión múltiple, están en sus comienzos (13). Supóngase la importancia extraordinaria de estos historiales familiares y comarcales para impulsar cualquier iniciativa de cambio coherente.

* * *

Los mejores «estudios campesinos» de Galicia, por próximos que estuvieran a la ideología oficial, se vieron obligados a evidenciar estas limitaciones de las fuentes. Veamos ahora la cosa en relación con otro extremo de gran importancia: el grado de parcelación *real* de la tierra. Oigamos a

(13) Que yo sepa, sólo dos investigadores gallegos andamos enfrascados en esta pesquisa: Ramón Villares Paz, con una meticulosa cala de «larga duración» en el área de Chantada, y nosotros. Fuera de Galicia, en el minifundio manchego, venimos trabajando junto a Benito Sanz Díaz en el curioso proceso, que presenta analogías y variantes con el caso gallego, dignas de explicitar. ¡Fecunda perspectiva ésta de los estudios comparativos de procesos en áreas mucho más dispares en la ideología que en la realidad!

Pedro Rial López señalando otra de las limitaciones del (primer) *Censo Agrario* para el campo pontevedrés:

Si se tiene en cuenta que el censo agrario se confeccionó a base de datos declarados y en muchos casos, por la titularidad múltiple, sin la precisa exactitud o con ocultación por desconocimiento u otras causas, no resulta extraño el que fije en 2.121.631 el número de parcelas que estimamos pasan de los cuatro millones, cifra a la que se acerca la reflejada en el mapa de suelos de la provincia, que para las siete comarcas naturales en que Sierra la divide, da un total de 3.814.146.

Abad Flores (1977), desde su privilegiado observatorio de IRYDA, se ve también obligado a precisar las informaciones procedentes de la fuente antecitada, haciéndolo ahora en relación a otro asunto vertebral, pues se trata del número de explotaciones:

Conviene advertir que las explotaciones de base inferior a la hectárea, no suelen tener vida independiente; salvo que sean huertos familiares, o tierras de explotación intensiva en el entorno de los grandes núcleos de población, o que sus titulares obtengan ingresos extra-agrarios. La casi totalidad, o están abandonadas, o incorporadas a otras explotaciones (generalmente de familiares) porque sus titulares optaron por la emigración, o por residir con sus parientes en la «casa». Este incremento de la base física de muchas explotaciones, tiene, como contrapartida económica, la resistencia a incorporar a las tierras mejoras permanentes que, en parte, benefician al ausente o capitalicen al más pobre. Por otra parte, el sacrosanto respeto a la propiedad privada, mezclado con el paternalismo capitalista, plantea, con las tierras incultas de los absentistas, un problema prácticamente insoluble a nivel de nuestro actual desarrollo jurídico.

Aspectos claves para comprender la hondura del proceso de cambio a que está sometida nuestra sociedad cam-

pesina, pues, si no hay error en la declaración, Abad Flores está aludiendo a las 109.534 explotaciones de aquella dimensión (o, lo que es igual, al 28,4 por 100 de las censadas). Al mismo tiempo tomamos el pulso, por primera vez, a la cuestión —verdaderamente angular— del volumen de tierras que se mantienen prácticamente incultas (o cuyo cultivo se reduce a remover su superficie, sólo por vergüenza) en manos de propietarios absentistas o (aquí el drama se adivina) propiedad de los emigrantes que tuvieron que abandonar sus pagos en los últimos lustros. El mismo Abad Flores, por otra parte, generaliza para toda Galicia, la advertencia de Rial López acerca de la infraestima del grado de parcelación *real* del terrazgo:

Al hablar de parcelas nos venimos refiriendo a las censadas. Si entendiésemos, además, a sus características jurídicas y agrológicas, cada una de ellas habría de ser dividida, a menudo, en dos o más. Pero ya el número estadístico es de magnitud suficiente para demostrar la gravedad del problema de la fragmentación de las explotaciones agrarias gallegas.

De todos modos, tampoco esta cuestión es irrelevante. Dado que el proceso de minifundización cunde por ciertos espacios peninsulares, que los mecanismos son muy similares a los que se dieron en Galicia con anterioridad, estamos asistiendo a la progresiva generalización de un fenómeno que parecía nuestro en exclusiva, que puede sugerir ideas y alternativas con vistas a una transformación coherente. La gran diferencia del minifundio gallego está, precisamente, no tanto en el minifundio, por decirlo así, como en la superficie, el número y el grado de diseminación de las parcelas. Pero nuestra ignorancia es grande por lo que hace a localizar los puntos más críticos de este problema y, sobre todo, a relacionarlo con el nivel social de las familias que lo padecen con mayor agudeza. Por el primer camino anduvo buen trecho Valeriano Villanueva antes de la guerra civil (si bien los criterios que le condujeron a la pesquisa nos parecen harto discutibles a estas alturas). El segundo es fundamental, pero apenas si comenzamos a transitar por él: se trata de apuntalar la hipótesis, muy verosímil, de que el

grado de parcelamiento de una explotación sea inversamente proporcional al de riqueza; que el más poderoso tenenciero no sólo tiene más, valga la redundancia, sino que lo tiene todo *muchísimo* menos parcelado, pues en la *casa rica* la incidencia de los sistemas bilaterales de heredamiento (cuya virtualidad pulverizadora es mucho mayor en la agricultura tradicional gallega por la necesidad de disponer de varias clases de suelo agrícola) siempre será menor que en el labrador de menguados bienes propios, quien además de dividirlos entre su prole ha de cuartearlos por efecto del sistema cultural de explotación (que precisa del labradío, del prado, del pequeño huerto, del monte). Volveré sobre esta cuestión, jamás abordada.

* * *

Regresemos al comienzo, al problema de la propiedad de la tierra, que continúa envolviendo toda la problemática con su entramado laberíntico. Escribe Abad Flores, otra vez:

Si acudimos a las Bases de las zonas de concentración parcelaria que, en definitiva, constituyen muestra aleatoria tan fiable como otra cualquiera, podemos afirmar que, aproximadamente, dos terceras partes de los propietarios rurales son absentistas, y que a ellos pertenece una tercera parte de la superficie agrícola y forestal privada. Y añadamos, por nuestra cuenta, que casi el 50 por 100 de los montes vecinales en mano común que no han sido objeto de consorcio con la administración forestal, tienen, también, un carácter definido de tierras abandonadas.

Parece, pues, imprescindible, que si se pretende una reforma agraria, se tenga en cuenta esta realidad del campo gallego no tratada hasta el momento.

En suma: que si el problema agrario de Galicia nos parece a todos extremadamente grave, hondo, francamente estructural, no disponemos más que de instrumentos groseros, toscamente aproximados, para estudiarlo globalmente.

Por esta misma razón saludábamos con respeto, y alentábamos la realización de modestos estudios zonales, que pueden, además, servir de punto de partida a la recomposición de la agricultura en las diversas comarcas, pues en aquellas lagunas se descubren virtualidades si los campesinos inician, desde su directo conocimiento de la realidad, experiencias (sin padrinos) que tanto necesita el país. Y al propio tiempo —es la otra cara de la danza— quisiera frenar los impulsos de quienes, por sentirse neoarbitristas, por tener del desarrollo criterios dogmáticos, casi siempre asimilables a los de los tecnócratas del cuento, unitarios y centralistas también (aunque se consideren a sí propios autonomistas o partidarios de la autodeterminación), salten por encima de aquella complicación y de tal desconocimiento, dándole a la realidad y a la misma clase campesina otro pase de pecho.

3. LA GALICIA NO URBANA

Pero los problemas de fuentes no afectan tan sólo al análisis estructural de la agricultura gallega (explotaciones, volumen de parcelas, superficie y diseminación de las mismas, relaciones con el régimen de propiedad...), incluso hacen difícil la estimación de aspectos de tanta relevancia sociológica como los relativos a la cuantía presente de la población *no urbana* (y, dentro de ella, de la específicamente *agraria*). Cuando se trata de realizar «estudios campesinos» esta detección resulta fundamental, pero las lagunas estadísticas no son algo de aquí y de ahora, constituyen un problema extraordinariamente generalizado, cuyo papel colonizador apenas ha sido puesto de manifiesto todavía. Eric R. Wolf (1971) culpó de ello al carácter urbano y centralizado de los censos de población. Estos, en efecto, no tienen en cuenta para nada la singularidad estructural de la casa y del habitáculo *no urbano*, miden siempre por el rasero de la ciudad, resulta después extraordinariamente difícil, imposible quizá, tipificar desde ellos las comunidades rurales de manera coherente (veremos después cómo existen atajos empíricos, muy significativos en sí mismos, que contribuyen a reforzar los errores informativos de los

censos). Galicia extrema estas dificultades a consecuencia de uno de sus rasgos más característicos: la compleja estructura de su poblamiento, diseminado hasta extremos muy difíciles de concebir en otras latitudes. Pero, según nuestro concepto, la dificultad mayor no procede siquiera del número y de la diversidad de las «entidades de población», más bien nace por la cualidad, por la específica personalidad de las mismas.

En efecto, se ha convertido ya en lugar común decir que el municipio *no urbano* gallego no puede asimilarse a las comunidades locales que, fundamentalmente, deben definir, en sentido estricto, los espacios campesinos (Galeski, 1977). Apenas nunca se está en Galicia ante el ideal-típico pueblo-tierra de otras áreas rurales españolas. Un ayuntamiento se compone, generalmente, de varias *parroquias* (en sentido sociocultural, no religioso) (14) y de múltiples entidades «menores» (lugares, aldeas, casonas), más o menos próximas entre sí, más o menos diseminadas en sí mismas. Ahora bien, el municipio, como la parroquia rural, no es algo unívoco, algo que regle con norma de generalidad, con validez aceptable, todo el espacio rural gallego, pese a lo que suele ser creencia proclamada alegremente por la demasiado uniforme literatura *diferencialista* del país. Es cierto, hablando en términos generales, que el ayuntamiento no ha logrado en los casi ciento cincuenta años de su implantación dar carácter unitario a las tierras y a las gentes que lo integran. La conciencia de municipalidad, por así llamarla, es tenue; pero dista mucho de ser a estas alturas inexistente, como se afirma demasiado a la ligera. Es que, si parece cierto que frente a la arbitrariedad municipal se transparenta la unidad parroquial, también esta última caracterización resulta harto discutible en nuestros días.

1. En muchos casos, cuando la villa capital tiene entidad poblacional, comercial, cultural e histórica suficiente (sin que sea desmesurado su ámbito territorial), tal presencia de la entidad semi-urbana entre comunidades campesi-

(14) Cfr. Carmelo Lisón, 1971. A lo largo de estos apuntes no se toma en consideración la propia complejidad que conllevan las variaciones interiores: cómo evoluciona el sureste orensano hacia un tipo de poblamiento «castellano», por ejemplo.

nas ha generado, en más o en menos, aquella conciencia de municipio en los aldeanos (situación mucho más generalizada de lo que se piensa, no sólo característica de los ayuntamientos costeros que tienen por capital una villa-puerto, un *porto*). Por otra parte, como en aquellos casos, la misma unidad parroquial de las comunidades locales lleva pareja la fuerte tensionalidad interparroquiana (intramunicipal, por tanto), reflejo en tierras diseminadas de la tradicional endogamia y del sociocentrismo de los pueblos. Esta tensionalidad, que se apoya en un uso reglado, mecánico, de caracterizaciones y valoraciones automáticas, ha sido casi siempre paralizante, rompió las acciones populares más creativas de nuestras gentes. Los caciques y los mandarines locales, que suelen saber mucho más de la comunidad que los teóricos y que los ideólogos de la parroquia, se han mostrado como duchos estrategas en esa fácil tarea de enfrentar a los unos con los otros. Y todo el mecanismo se refuerza por el hecho de que la capital municipal sea también villa (*vila*) generalmente, apunte de ciudad, la otra cara de la histórica definición tensional del campesino (15). Pero las tensiones —se comprende— son una forma de relación como otra cualquiera, confieren al área que las contrae una específica unidad. Los proyectos de dinamización que se generen deberían sacar las consecuencias de tal condicionante.

En este punto me gustaría llamar la atención acerca de la incidencia que tiene en los medios ilustrados de Galicia la muy vigente *ideología ruralizante*, heredada, sin duda, de nuestros clásicos, reactualizada por el apriorismo de buen número de estudios actuales. Debemos llamar la atención sobre su *naturalismo*, casi religioso (para-religioso, diría), que le hace concebir la ilusión —ni utópica siquiera— de que pueda existir una administración de los hombres y de las cosas *natural*, como dicen, tan ajustada a características ecológicas y sociológicas que disolviera la propia arbitrariedad inevitable que toda administración lleva implícita. Trocar una división administrativa por otra,

(15) En la tensión *aldea-vila*, por esto mismo, subyacen otras dimensiones: que la villa sea agente del proceso de urbanización y lugar de asiento de las *clases* tradicionalmente explotadoras del campesinado (Vilas Nogueira, 1975; J. A. Durán, 1972).

poner o alzar de aquí o de allá las viejas fronteras, es algo que siempre puede (y hasta debe) hacerse, pero sin perder de vista, llevando muy de cuenta, que lo que se busca es perfeccionar al mecanismo cultural de control, de gestión y de gobierno; es decir, que se asume la arbitrariedad de la administración, otro punto límite —como el más arriba destacado del desarrollo— de nuestro tiempo. Este silencio sobre asunto tan vertebral, denuncia la motivación política del mismo, pues en la lucha por una «administración ajustada y natural» se embanderan las viejas apetencias de la conquista del Poder y del Estado no para destruirlo precisamente, sino para mantenerlo. Ideología toda ella a la que suele ser muy refractario el campesino, dado que para éste, como para todo mortal, la administración es un pesado fardo que sólo aparece al servicio de sí misma.

2. Pero tampoco se pueden pasar por alto —menos, ahora— las tensiones intraparroquiales. Como si este ámbito tradicional fuera recinto sagrado, muy ajeno a las cosas del mundo, tal armonía organicista pudiera leerse en la mayor parte de los estudios circulantes. Véase, por el contrario, qué valerosamente alza la voz en defensa del *lugar* (equivalente de la aldea en sus tierras de Soneira), Xosé M. Lema Suárez (1977):

O *lugar* hoxe en día pasou a sé-la única unidade efectiva e consciente dentro das estruturas mentais dos veciños. A unidade organizativa parroquial é xa moi intanxible nos seus aspectos fundamentais. O labrego toma con indiferencia —ou resignación— a súa pertencia a ún ou a outro Axuntamento porque os intereses deste non coinciden cos do medio onde el mora. Con diferencias de grado, está acontecendo unha cousa semellante coa dependencia dunha entidade parroquial.

Para Jesús García Fernández, como para la mayoría de los autores que protagonizan la fresca aventura de los *estudios campesinos*, más bien es la *aldea* quien retiene el temple último, ajustado al medio, de la comunidad campesina: la dispersión de aldeas y caseríos es, sin duda, la

nota más característica de nuestro poblamiento (recuérdese cómo destacábamos más arriba que otro tanto sucede con la diseminación parcelaria), la que mejor diferencia al país gallego de los demás paisajes humanos característicos de la España Atlántica, sin duda aquellos que nos resultan más parejos: un poblamiento que se emplaza(ba) «más que en las líneas de comunicación de los valles», en «los diminutos espacios donde ha sido posible acondicionar el terrazgo» (Otero Pedrayo/García Fernández). Por ello, en la piedra alzada de nuestras aldeas y de nuestras casas aldeanas, en la disposición estructural del territorio, se guarda(ba) la clave de su sentido, y los cambios, importantes, operados en el paisaje agrario del país en los últimos cien años no hicieron otra cosa que apuntalar aquella disposición. Pero ahora, la transformación a que estamos asistiendo —iniciada en los *años cincuenta*— viene trastocando gravemente aquella estructura tradicional (16): la población no sólo se ha ido en bandadas fuera del país, también se ha puesto en movimiento dentro de los viejos espacios, rompiendo su lógica, buscando lo que antaño despreciaba: la ciudad, la villa, la carretera, la vía de acceso (incluso —¡qué significativo ritual!— «desaparecen las cañeiras e corráis progresivamente, co adaxo de limpá-los camiños pro paso dos coches»). El casco de las entidades urbanas y semi-urbanas encuentra problemas en su expansión, ofrece dificultades a toda ordenación juiciosa, queda como juguete de los intereses más rastreros y de la especulación más evidente (17). Pero otro tanto sucede

(16) Quiero destacar el hecho de que el concepto de sociedad tradicional que aquí se utiliza es dinámico: la Galicia tradicional sólo existe si se comprende que es una estructura sometida a permanente proceso de reestructuración. No se trata de un horizonte cerrado ni de un paisaje idílico o natural que ahora asalta la barbarie moderna. Por lo mismo —iremos viéndolo— también es capaz de resistir parcialmente la embestida. Por ilustrar este último sentido de nuestro discurso, cfr. «El caso Taragoña, un conflicto único en la Cristiandad», que nosotros publicamos en *El País*, Madrid 1 y 2 de mayo, 1980.

(17) La gravedad del asunto en la hora presente se manifiesta no sólo en la lucha contra el *plan de ordenación territorial*; también se transparenta en lo vidrioso del problema de la vivienda, el urbanismo y el transporte, sobre todo en áreas industrializadas con rapidez en los últimos años. Acerca de la alta conflictividad *de signo moderno* que se ha venido originando, cfr. J. A. Durán (1979). Sobre ordenación territorial, vivienda, urbanismo y transporte, César Portela (1979). Sobre los efectos de la industrialización intensa del norte de Lugo, Tomás Parra, Teresa Rojo y Luis Sanz (1979 y 1980) vienen dando a conocer detalles escalofrantes.

con las parcelas de las inmediaciones y con las proximidades a las rutas de acceso. Cual si fuera por efecto de hinchazones enfermizas, estallan los viejos núcleos, andan sin concierto ni armonía, creciendo aquí y allá arbitrariamente, buscando nuevos espacios, nuevas alturas... Así, Galicia comienza a ofrecer en punto a su habitáculo un estilo de poblamiento parcialmente concentrado, alargado, extendido desde un núcleo, como si fueran tiras de un papel mal cortado, que recuerdan ampliamente a los *barrios* vascos, pues éstos, como las grandes rutas, sí que se ajustan al trazado del valle, de la infraestructura geográfica, sin guardar lógica apenas con el sentido tradicional de nuestro peculiarísimo habitáculo.

Tal proceso no sólo se ofrece en las proximidades de las ciudades o de las villas, también se advierte en muchas aldeas de importancia y, como fenómeno global, en buen número de parroquias diseminadas. A la estructura tradicional se ha sobrepuesto este nuevo criterio. Así, además de la concentración, tan de corte urbanizante (¡qué bien muestra este aspecto de los movimientos de población la buena fotografía aérea!), se hace preciso captar el sentido del neodiseminado parcial, tan reciente, tan ajeno a la lógica de la diseminación antigua (para ello es muy recomendable el paseo a pie, pisando las viejas corredoiras y los caminos que «xa non van a ningures», del cuento, preñado de simbolismo, de Castelao).

* * *

Este hondo trastoque de las bases físicas, este replanteamiento del espacio tiene otro correlato agrario de extraordinaria relevancia: la juventud de las parroquias apenas respeta ya los límites simbólicos, traspasa a diario los reales. Los casamientos interparroquiales son cosa de cada hora. La transmisión de la propiedad, por esto mismo, añade a la casa tierras sitas en varias parroquias (efecto que también posibilitan las pujas y subastas de tierra). La endogamia ha entrado en crisis, la unidad parroquial se ha agrietado. La aposición simbólica, la prolongación de la parroquia de los vivos en la parroquia de los muertos, aparece igualmente agrietada por esta modernidad. Así, de

las dos características unitarias (Carmelo Lisón, 1971) sólo ésta permanece parcialmente, porque la juventud participa poco de ella (18).

Las investigaciones publicadas, pese a su carácter empírico, pese a la voluntad que demuestran por escudriñar en la misma aldea, dentro de la casa campesina, llevan tendencia a reiterar el error tradicional de no distinguir con nitidez las actitudes y posiciones que reglan los *grupos de edad*. Partén del supuesto, implícito o explícito, de que sólo los mayores —el jefe de la explotación, por ejemplo— son el puerto de arribada, la clave de la conducta. Así se refuerza el carácter cerrado del horizonte campesino, y el fenómeno emigratorio, con sus rompedoras consecuencias (como tantos otros signos de descampesinización), no pasan de ser citas rituales que no operan en la medida que parece razonable suponer en la dinámica del cambio y del derribo. La trascendencia del error, grave ya históricamente, se refuerza en nuestras sociedades, cuando los cambios más acelerados vienen cogidos de la mano de los grupos de edad, de diversión, de trabajo, de viaje, de aventura, que se trocan en contrapunto posicional para todo lo establecido.

Son, en efecto, transformaciones profundas, que se expresan también en otros rituales cotidianos. Xosé M. Lema, que estudia la construcción tradicional gallega, advirtiéndonos de sus variaciones desde el siglo XVIII, no puede menos de llamar «revolución del ladrillo y del cemento» a la que se produce a partir de 1955, revolución por la que siente tan escasa admiración como nosotros. Registra, con rigor estos cambios:

Con cartos acadados na emigración europea son moitas as casas nas que se aprecian reformas notables. As cociñas de gas substitúen as económicas. Rómpease totalmente co medio ó introducir novas divisións de cemento e ladrillo. Coa estrutura, ó abrir portas e ventás na parede de acordo

(18) El cambio drástico en los sistemas de diversión cotidiano y dominical de la juventud, refuerza esta tendencia. Piénsese, por ejemplo, en la incidencia que en los matrimonios jóvenes tiene la concentración en discotecas y salas de baile comarcales. Se ve también cómo estos matrimonios recientes adoptan puntos de vista distintos en

coas novas necesidades. Hai, noustante, mais higienización: desaparecen as cañeiras e corraís progresivamente, co adaxo de limpa-los camiños pro paso dos coches; suprimense as cortes do interior da vivanda; alguén fai xa cuarto de aseo.

Era sólo el comienzo. La gran novedad: que las construcciones (los hórreos, incluso) pasan a ser de ladrillo y de cemento. El granito y la madera, que dominara nuestra construcción antigua, la arquitectura popular aldeana de finales del XIX y de la primera mitad del XX, pasa a la historia. Se acaba con ella la gran época de los *canteiros*, sin duda el grupo profesional ambulante más activo, cualificado y progresista, que metiera en las aldeas, junto a sus exigentes concepciones sobre la casa tradicional, la inquietud ciudadana, democrática, agraria, socialista (J. A. Durán, 1977). Pero ni siquiera es esto lo más grave. El autor muestra agudamente otras vertientes, fundamentales, del cambio:

Xa non se volverán a contemplar aquelas inxentes multitudes que pra facer unha casa se movilizaban: os *carreteiros* que carrexaban a pedra desde a canteira con seus carros de bois ou con rastros; os *barreneiros* que esgazaban os cachotes na canteira, o *maestro* dos canteiros que dirixía a obra de acordo cos seus cálculos mentáis, os *canteiros* que pacientemente picaban nas longas pedras destinadas a enmarcalas luces e mailos esquináis.

No es pura añoranza, romántica, por el hecho cierto de que los canteiros abandonaron la aldea, quizá para siempre. Es que su trabajo se va convirtiendo, rápidamente, en cosa de la arqueología: en 1960 el 82 por 100 de las viviendas habían sido construidas con anterioridad a 1940. La ambientación tradicional, pese a los primeros arreglos de interiores, a la corrección de algunas fachadas, se mantenía. Diez años más tarde, los datos censales indican que sólo el 67 por 100 de los edificios son anteriores a 1940 (de

relación a conflictos paradigmáticos —caso de Taragona, por exemplo—, pues el cónyuge llegado a la parroquia desde el exterior puede considerarse ajeno a las luchas comunitarias...

ellos, el 41 por 100 eran viejos caserones construidos en el siglo XIX, mantenidos en pie por la dignidad —no sólo del material— con que fueron levantados). Más del 20 por 100 eran nuevos, se construyeron con posterioridad a 1950. Entre 1961 y 1970 se edificaron 65.919; sólo de 1971 a 1974 vinieron a añadirse a aquéllos otras 48.672 edificaciones, expansión que únicamente las dificultades económicas del momento presente ha podido contener. Pues bien, según estimaciones de los arquitectos técnicos, el 90 por 100 de estos edificios se ha construido en espacios *no urbanos*. Pero el remozamiento, interior y exterior, de las viejas construcciones ha sido profundo, igualmente, haciéndolas apenas reconocibles en muchos casos.

Esto era lógico, incluso puede parecernos positivo en algún aspecto, pero el conjunto del proceso resulta verdaderamente arbitrario, apuntala ese sincretismo uniformizante, de pésimo gusto, que hoy reina en nuestras comarcas campesinas (especialmente en las litoraleñas): un paisaje suntuario de chalets que rompe con la ambientación y con las necesidades tradicionales de la casa labradora. Unas edificaciones que dificultan, o impiden de todo punto, el ejercicio de la labranza (19).

Pero el reinado de los albañiles, el ocaso de los canteiros, marca también la entrada en la aldea de un nuevo estilo de arquitectura de autor, cargada de responsables técnicos, empezando por los arquitectos, por los aparejadores, por las empresas de construcción, cuyo coste —proporcional al valor del proyecto— resulta elevadísimo en nuestras áreas campesinas, dado el estilo familiar que mantienen la mayoría de los edificios. Coste que no ha contribuido, precisamente, a corregir los desaguizados, razón por la que parece razonable implicar a estos técnicos en la responsabilidad del asunto, como, por supuesto, hay que hacerlo también con los políticos, caciques y administradores que lo fomentan y consienten. Todas estas clases profesionales, antaño ajenas casi plenamente al horizonte campesino, son culpables de la demolición, profunda, a

(19) Sobre estos condicionantes, con dos calas —bien realizadas— a modo de ejemplos de comunidades asturianas, cfr. José Luis García, 1976.

que venimos asistiendo; a ellas se debe, en considerable medida, que existan «chalets de montaña onde nunca neva, amén doutros pegotes aberrantes». El ocaso de la arquitectura tradicional es señal, igualmente, de que la agricultura, la casa y la aldea tradicionales de Galicia se ha convertido en especie de *reserva* humana, o en lugar de retiro, por jubilación o por estancia dominguera, de los demoledores neo-veraneantes del utilitario.

El nuevo alzado de la casa nueva, en efecto, es el símbolo ritual de aquella demolición. No sólo por quienes en ella intervienen, no sólo por la señalada ausencia de multitudes en movimiento, como antaño puestas a la construcción de aquella casa de piedra. Es que alzar la vieja casa era señal de vitalidad comunitaria, razón por la que aparece siempre cargada de derechos y de obligaciones recíprocas, cuya epifanía revelaba, precisamente, la ayuda y cooperación a su levantamiento (como la fiesta, plena de traca y alegría, de su remate). Hoy tanto el acto de construirla, como el posterior de habitarla, es una aventura personal, señal de éxito en lejanas tierras, ruptura con la creencia antigua, tan entrañada en las gentes campesinas de casi todo el mundo, de que la suntuosidad, como la riqueza, son cosa en cierto sentido del demonio, algo imposible de lograr por caminos normales y en el lugar de origen, algo que había que arrancar irregularmente en otras latitudes o con milagrosos encuentros de «tesoros», suertes y loterías en la propia: *bien limitado* (George Foster, 1964 y 1972).

Y aquella ruptura de las viejas reglas del habitáculo, cambiando su lógica tradicional, como este nuevo estilo de construcción, tan dispuesta a ejercer de ventosa para bienes varios de consumo (consumo suntuario ya en sí misma), remarkan las variaciones revolucionarias (en el peor sentido, privado de toda progresividad, verdaderamente entreguista) acaecidas en el seno de las comunidades campesinas; son signo, por malo que sea, de la modernidad y del desarrollo que todo lo demuele. Pero signo

hondo, profundo, como la sociología y la antropología del territorio nos ha enseñado.

* * *

Conscientes de esta gran complejidad, de la hondura de los cambios sugeridos, resulta harto precario mantener la tipificación de nuestras comunidades *no urbanas* ateniéndolas al criterio de la sociología americana más acrítica: utilizar como indicador del grado de ruralización-urbanización el número de habitantes de los núcleos de población, por ejemplo. Nuestras villas (*vilas y portos*) nunca fueron asimilables de todo punto a los *pueblos* del centro y del sur de España. Aquéllas tuvieron siempre marcado carácter de delegación de la ciudad, clavada en el mundo campesino, lugar de asiento de la administración, del comercio, del *señorío* tradicionales (sobre todo cuando se desploma la estructura de los viejos mayorazgos, cuando el pazo comienza a permanecer mucho más abandonado que la quinta del gran burgués de turno, quien llega periódicamente a vigilar sus nuevos intereses agrarios y municipales, pues manda gente de su confianza en el nuevo ayuntamiento, recién nacido, hecho a su medida). Las villas (las ciudades gallegas no pasan de ser, hasta bien entrado el siglo, grandes villas) perfilan los nuevos esquemas de dominio, a partir de entonces. La tensionalidad del campesinado para con los agentes que viven de su trabajo, extrayéndolo por vía de renta, de pensión o de impuestos, varios, ya no mira al castillo, a la torre, al pazo, a la casa blasonada, ni siquiera lo hace ya con la fijeza de antaño cuando atiende al convento, a la vieja abadía, a la rectoral; mira, con toda la intención, al conjunto, esa *vila podre, coveira da canalla* que Cabanillas supo convertir en verso del más famoso de los himnos agrarios de Galicia. Pero la modernidad impuso sus criterios, capitalizándolos en favor de la ciudad, como de todo lo que hoy ella representa (el dominio, el capital, la industria, la valoración de las cosas y de los valores mismos, todas las asimetrías imperantes). Su victoria sobre el campo parece irreversible, incluso en Galicia, que tanto trató de contener el

avance de la nueva barbarie. Hoy debe reconocerse que el grado de urbanización del país es bastante superior al que ofrecen aquellos toscos indicadores. Nuestra propia experiencia de trotamundos nos llevó a caer en cuenta de que ese nivel urbanizante, entendido en sentido amplio, está mucho más asentado en buen número de *vilas* y *portos gallegos*, con población que ronda los 2.000 habitantes de la regla, que en otros pueblos castellanos, viejos y nuevos, manchegos y andaluces, con población que llega al doble y aun triplica la de los nuestros. Y esta situación se ha hecho mucho más evidente en estos años, cuando el automóvil y los intercambios de todo tipo se acrecentaron de manera clara, cuando el turismo, el consumismo, el ahorro y la vacación emigrante impulsaron el proceso (20).

Es que, además, por el propio mecanismo recolector de los censos (como por intereses mucho más bastardos) se sigue incurriendo en el error de mantener al margen del recuento poblacional de las villas y de las ciudades, como si fueran algo diferente, sus viejos barrios y hasta entidades anejas, ya sobradamente cazadas por la expansión. Esta infraestima del ensanche se aprecia fácilmente cuando realizamos estudios directos, preguntando por la población real (no por la formal) de la entidad. La *ideología ruralizante*, que antes tratamos de evidenciar, juega papel en el mantenimiento de este error y, pese al *diferencialismo*, apenas si ha clamado nunca contra la arbitraria manera estadística de detectar entre nosotros el proceso de urbanización. Ese silencio parece apuntalar su propia ideología, pero es a costa, según nuestro concepto, de deformar la realidad. Por otra parte, contra ese atajo de la tipificación empírica, clamaron sociedades del más diverso carácter, caso de la India o de Checoslovaquia, por ejemplo. Incluso Polonia, donde la sociología rural oficial alcanzó gran im-

(20) Me permito recordar, por otra parte, cierta lógica que subyace en esta situación: los mandarines municipales son generalmente gentes de la villa. Para ellos es ésta el símbolo, la representación real del municipio. Canalizan en su dirección, por tanto, buena porción del menguado presupuesto (además, llegado el momento, gastan en ella el numerario correspondiente a las parroquias). El papel urbanizador del emigrante, que ya era perceptible en la figura del *indiano* (asimilable, de todo punto, a la del *nuevo rico*), se ha visto reforzado ahora con los «europeos». ¿Hasta qué punto habrá corregido esta tendencia la nueva administración, llegada con las elecciones municipales de 1979?

portancia en los últimos años, concede al pragmatismo del investigador la libertad necesaria para que tipifique, en cada caso, sin atenerse a un patrón generalizado, las comunidades campesinas y las *no urbanas* (Galeski, 1977). Este proceso de urbanización y modernización se activó en Galicia desde los *años cincuenta*, pero se hizo muy rápido en los tres últimos lustros. Ya contrasta, a estas alturas, con la importancia notoria de la población activa agrícola (se habla —aunque también nos parezca excesivo— de un 48,6 por 100 de empleos en este sector) (21), condicionando una de las características más sobresalientes de nuestros días: cuando la sociedad rural gallega (año sobredominante, replegada en la importancia de la casa labradora) comienza a convertirse en apéndice de la sociedad urbana, cuya ciudadanía y superioridad apenas se atreve a poner en tela de juicio, en tanto la vieja casa, si quiere atenerse a la lógica tradicional, se convierte en aquella especie de *reserva* que decía, en *refugio* de una población marginal (niños, enfermos, mujeres, parados, ancianos). Pero, incluso en este sentido, su dependencia del *trabajo no agrícola* (o de las remesas del marido o/y de los hijos emigrantes) confieren a la casa un sentido muy distinto del tradicional, dando origen a cambios profundos que ya comienzan a percibirse: piénsese, por ejemplo, en la mujer campesina de *beiramar* (cuya profesión de «labradora» confesaban abiertamente sus hijos en nuestras encuestas de 1967) entregadas ahora tantas veces, casi en exclusiva, al cuidado de la casa, que ya vendieron la última vaca que les quedaba, quemando el tiempo ante el televisor, en el trajín de la escolarización de los pequeños, en imitar el sistema de vida de las burguesitas de la ciudad... Pero este caso —sobre el que volveremos—, muy claro en la Galicia litoral, se extiende por algunos espacios interiores, salpicando de contrastes y de experiencias consumísticas el nuevo modelo. La moraleja está clara: si la mujer («lo mejor de la raza» dijo un día de ella la Pardo Bazán) abandona sus trabajos tradicionales, extraordinariamente duros, si acepta complacida la blancura de sus

(21) Caja Rural de Orense, 1977.

manos (aunque eche un resto, enguantada quizá, en épocas de mayor brega) (22) puede decirse que el último signo de vitalidad tradicional se ha consumido ya en nuestro horizonte campesino; tal agricultura pasará a ser, casi exclusivamente, cosa de viejos. Y no faltan testimonios en el sentido de que estamos avanzando por este proceso. Más todavía: en Galicia existen explotaciones de relativa importancia sin heredero*. Un fenómeno que Boguslav Galeski considera «raro» es, entre nosotros, relativamente normal, otro síntoma que parece anunciar el futuro sin futuro, cerrado, de nuestros campos, cuando se sabe, además, del elevado índice de envejecimiento de los campesinos (23).

Cuentan que don Ramón Otero Pedrayo vivía obsesionado, en los últimos años de su vida, por la idea de que la aldea gallega estaba en trance de desaparecer. Testigo de excepción, fabulosamente emplazado para percibir el proceso, su testimonio tiene notorio peso específico (24). El *sentido* de antaño se ha trocado en el *sin sentido* del presente. Es una experiencia única en nuestra historia: la crisis parece irreversible, pues afecta al nivel cognitivo del campesino tradicional, cuya concepción del mundo se ha desplomado.

(22) Este proceso es tanto más significativo por lo que contrasta con los cambios paralelos que se observan en otras comunidades campesinas españolas. En ellas, la mujer, tradicionalmente encerrada en la casa, mantenida muy al margen del trabajo agrícola, ha tenido que echar una mano, importante, en la nueva explotación. alguna vez, por el choque producido con las viejas tradiciones y creencias, este nuevo trabajo de la mujer ha impulsado transformaciones radicales en la estructura agrícola de la propia comunidad. Es significativo en este sentido el caso de Aldealcorvo (Jesús García Fernández, 1970).

(*) En 1974-75 cuando Arturo Camilleri y otros (1977) realizan entrevistas en Lugo, observan cómo el 51,6 por 100 de los jefes de explotación no saben quién ha de sucederles en su puesto. La crisis, que ya indicaban las conversaciones sostenidas con el antropólogo Carmelo Lisón diez años antes, quedaba constatada. E. Díaz Patier (1979), por su parte, ha encontrado relaciones estadísticamente significativas entre esta expectativa de sucesión (o la falta de ella) y la actitud ante el cambio, como era dado esperar.

(23) Abad Flores (1977) realizó, hace de esto algunos años, un muestreo en la provincia de Lugo. Resultó que «la media de la edad *empresarial* de las explotaciones familiares, oscilaba entre los 52 años (en el caso más favorable) y los 58 años».

(24) Cfr. Perfecto Conde Muruais. «Un traballo máis. Ser muller en Galicia», *Teima*. Santiago, núm. 11, 1977.

4. ENTRE LO TRADICIONAL Y LO MODERNO

Quiero resumirles la historia de una *casa* (que lo es también de una familia extensa de junto al mar). Los nombres están, lógicamente, cambiados, pero la versión es real. Procede de una serie de entrevistas realizadas a partir de 1977. Nuestro interlocutor fue el cabeza de la explotación (*Ego*). Las citas corresponden a sus propias frases, tan expresivas. El padre de *Ego* es José. El abuelo, *O Vello*. La historia es ésta:

José era el mayor de una familia de tres hermanos. Vive en las afueras de una pequeña villa marinera. *O Vello*, padre del José, hombre de carácter agrio, con fama de persona interesada y autoritaria, habita con su familia una casita modesta de su propiedad que, andando los años, ninguno de los hijos compartirá con él. Todos se van. José, por ejemplo, cuando decide su casamiento, dado que no tiene oficio ni beneficio, ni tierras propias ni nada, recurre al «viejo». Sólo recibe de él esta promesa: que cuando sea capaz de alzar la propia casa le cedería, en régimen de aparcería de medias, su pequeño manojito de propiedades, convertido en uno de tantos casales aldeanos de aquel tiempo. José tiene que emigrar para cumplir la primera condición. Paga su pasaje la familia política, como parte de la dote y como entrega única de lo que sería *legítima* en la mínima herencia de una casa pobre. Su mujer, entre tanto, queda en el hogar paterno aguardando el regreso como «viuda de vivo». Nuestro hombre embarca para Cuba en 1928. Regresa en 1934. Con el ahorro, escaso, de la emigración, alza la pequeña casita de planta baja en un alto que dista 100 metros del mar y 30 de la carretera de acceso a la villa, a dos kilómetros de ésta, a uno, escaso, de la aldea más cercana. Es la primera casa que monta guardia de aquel lugar (25). Edifica, pues, en el propio terreno de su padre (que le es cedido con la condición de compartir, si llegara a darse el caso, las paredes

(25) Hoy aquel lugar se ha convertido en aldea. Una docena de casas de labranza se levantaron desde entonces. Casi todas diseminadas, si bien cuatro, unidas entre sí, componen una especie de barrio en miniatura.

como medianeras de las casas de sus dos hermanos). El *casal* tiene unos 10 ferrados de terrazgo (entre el *labradío*, el pequeño huerto y la mínima porción de prado) y siete ferrados de monte (26). La única propiedad de José es, propiamente, la de los muros y el interior de su casa, así como de los aperos de labranza, que pertenecen a la condición de aquélla. Pero no es poca cosa, desde el punto de vista sociocultural, dadas las circunstancias (27). Todo lo demás lo trabaja en régimen de *aparcería de medias*, siendo *postor* su propio padre, cosa que resulta irrelevante, pues el mismo sistema naturaliza la relación convirtiéndola en típica, atada a costumbres locales que convierten en leyes fijas las reglas del dominio, y el colono no por hijo deja de ser distinto de los demás aparceros del contorno (28). Cuando José se queja de las duras condiciones (siempre la queja va acompañada de alguna adversidad digna de contar a un padre, caso de tal catástrofe, tal enfermedad) recibe, invariablemente, la misma respuesta que obtendría en casa de cualquier otro *postor*: «si non queres deixa, outro mo ha de botar». Las crecientes necesidades de la familia (ya tienen dos hijos: *Ego* y una hermana mayor) obligan a tomar más tierra en las mismas condiciones a otros *postores*; también tienen algún *gando posto* que llevan por la mitad de la ganancia. José depende, pues, de varios propietarios, sin ser dueño de un palmo de tierra tan siquiera hasta que mueren sus propios viejos. Hereda entonces una tercera parte de la heredad que venía trabajando desde 1934, si bien, ya con ayuda de sus hijos, recupera la totalidad por compras y cesiones de parte en los demás bienes de su familia (caso, por ejemplo, de la morada de sus viejos, convertida ahora —estamos ya en los años alborales de la *década del sesenta*— en solar apetecible). Pero, lógicamente, dado el precario patrimonio, mantiene a *medias* la mayor parte de la explotación y,

(26) Equivalencia: 1 ferrado = 420 áreas. El *casal* daba derecho a la reglada explotación de un monte, llevado en régimen de mano común.

(27) Castela, originario de estas comarcas, lo expresó muy bien en carta privada que conservamos en nuestro archivo de Rianxo: «un home non é home hasta non ter casa de seu».

(28) Significativo: las mismas reglas que su padre aplica a la casa de José el *gran cacique* de todas aquellas comarcas, de quien llevará tierras.

por supuesto, el ganado, que continúa siendo *posto* («a ganancia», como aquí se dice).

La casa de José se ha complicado y extendido no poco a estas alturas. *Ego* no congenia con su cuñado, pero ha de convivir con él, pues su hermana casó y habita en la misma morada. Las peleas —literales— se hacen tanto más peligrosas a medida que crece *Ego* y va contestando la autoridad, muy disentida, del «advenedizo». Está claro, por otra parte, que José, como su mujer, se inclinan cada día más por *Ego*, desautorizando la violencia del hijo político. Ante esta actitud, el joven matrimonio, que no ve futuro en casa, opta por la emigración, yéndose a Buenos Aires —donde reside todavía—, en los últimos *años cincuenta* (muy pocos meses antes de que José pase, por herencia, a convertirse en propietario).

Las circunstancias de *Ego* cambiaron también radicalmente en los mismos años, forzando aquella decisión de la hermana. Muy joven, obligado por los acontecimientos, se casa. Su mujer se incorpora a la misma vieja casita que José alzara treinta años antes. *Ego* cumple el servicio militar entre tanto y perfila, definitivamente, su proyecto. Para sacar adelante la casa decide emigrar: será uno de los primeros gallegos que marchen a tierras holandesas, donde se enrola en un barco como navegante (1958). En la morada familiar conviven José, su mujer, la nuera y el primer hijo de *Ego*. Ellos son, de hecho, quienes trabajan la heredad, pero el alma de ella es el joven emigrante, pues su padre se repliega, gustoso, a cumplir un papel secundario, marginal en su propia casa, papel que también asume su mujer (y es mérito de la nuera que apenas provocó un conflicto, convirtiéndose en elemento fundamental):

Eso é o que lle facían meus abuelos a meu pai: esprimilo, sacarlle os ollos. «E si non queres deixa, que mo bota outro...». En cambio xa noutra xeneración —de meus abuelos a meus pais—, meus pais a min: «fai, traballa, come, manda e corta, e o que sea».

—Pero ese comportarse de teu pai dera nor-

mal ou era raro? Ti e mais eu falamos moitas veces doutros casos ben distintos.

—Na nosa casa (claro, como a nosa hai moitas) é así, mais eso que dis é verdá. Os vellos de..., a vella sobre todo: «meu, meu, meu e mando eu»; encheu de líos a casa e os líos non pararon hasta que a vella morreu. Tamén na casa de...

Hagamos un breve alto para reforzar el sentido de la historia: atiéndase a la utilidad interpretativa que tiene la distinción entre el régimen del *casal* (casa más o menos propia plantada en heredad ajena) y el de la *casa* (cuando la heredad, o buena parte de ella, se convierte en propia, abandonando el colonato en considerable medida, trocándolo por un tipo de *explotación familiar* en sentido estricto, sin pérdidas o fugas de una parte considerable del producto generado). La transformación es sustancial. Afecta ya no sólo al dominio interior de la casa, también a la herencia, sobre todo si la propiedad debe a los hijos emigrantes buena porción de su importancia. En nuestro ejemplo, dado que el papel de *Ego* pasa a ser fundamental (en función de su experiencia migratoria evolucionará la *casa*) la emigración parece como alta y críticamente valorada:

Non Rianxo, en todos estos sitios de Galicia, todo veu de Holanda, ou de Francia, ou de Bélxica, aparte deso —non pasou por min, pero pasou por casi tódolos outros— fomos alá a aprender a lavarnos, e a ducharnos, e a ter un vater, cando nas casas non había mais que un *común*.

Los ahorros de *Ego* se van invirtiendo en la casa y en la explotación atendiendo a necesidades muy definidas. La estrategia parece lógica en grado sorprendente: primero, compra ganado propio, abandonando definitivamente el *posto*. Sus intereses se sienten contradictorios con los del postor, un hombre de «la montaña» que es ahora compadre suyo: a éste le interesaba, sobre todo, «o gando que da

pouco leite, que vai mais barato, que engorda primeiro e da mais ganancia». Al *postor* le interesa la rápida puesta en venta del ternero, a *Ego*, que no desprecia este ingreso, le importa mucho la leche, pero, además, necesita una vaca que trabaje como principal motor de su explotación.

La segunda operación de *Ego* es doble: va sustituyendo, por una parte, los viejos aperos de labranza por otros «nuevos» (es ahora, por ejemplo, cuando archiva el viejo arado de madera, sustituyéndolo por el de hierro, que lo es también de vertedera), combina estas operaciones, ya sin fin, con el replanteamiento de la vieja casa que José había levantado treinta años antes. Una espaciosa segunda planta, con amplio cuarto de baño, con algunos dormitorios; reajuste total de la baja, donde se pueden distinguir dos zonas de funcionalidad muy dispar: las cuadras y la vieja cocina de piedra, con su horno, alternan ahora su función con un mini-taller de carpintería, el molino eléctrico, y múltiples elementos del complejo bricolage de la casa tradicional de labranza. Fuera de ella queda, definitivamente, el *alboio* y las aves de corral. Es, por así decirlo, lo que permanece vivo de las viejas dependencias. Pero la otra parte (a la que se accede desde la calle, como a la anterior se llega desde el corral y el huerto) es «moderna»; dos dormitorios, cocina económica, salón comedor con televisor (últimamente, además de aquella, otra cocina de gas...).

La tercera operación de *Ego*, cuando iban muy avanzadas las anteriores, consiste en comprar *leiras*. En 1963 sale a subasta una finca que está unida a otra suya, pero ha de sostener una dura puja con un paisano muy ajeno a su interés, y la operación alcanza valores sorprendentes para 1963: 1.200 pesetas la cunca (29). En 1970 compró

(29) Equivalencia: 1 cunca = 35 áreas. Estas pujas de tierra, aunque venidas a menos, no desaparecieron. La última que pude presenciar se celebró en Taragoña el domingo 23-X-1977. Cuando comentaba con *Ego* la actitud contraria de los viejos agraristas gallegos a ellas, y las razones por las que se oponían, dijo: «Eso pasoume a min nesa finca. Non lle interesaba a ningún mais, pero houbo un que lle interesou por me joder, por me dar a palisa a min. E leveina 8.000 pesetas mais cara (daquella, è, no 63). Tiña 22 cuncas de terra de segunda, pero con mal servico e todo, foi pagada daquela con pelos e cornos, porque saíu a 1.200 pesetas a cunca, e había terra (o resto da que vendeu a muller) a 300 pesetas.»

otra finca, cerrando así las inversiones en tierra, pues su proyecto gira de manera significativa («a terra hoxe non vale nin regalada»). Se profesionaliza como *mariscador* y en este sentido orienta su menguado capital y sus excedentes operativos de los últimos años. La precaria economía de su explotación agraria se equilibra con los ingresos del tiempo abierto al marisqueo de las costas. Atendiendo a la lógica de esta transformación abandona definitivamente las tierras que aún llevaba en aparcería (cosa que también se compensa, en cierta medida, al incorporarse a la casa el patrimonio de su mujer, cuya heredad —sita en otra parroquia— se ha repartido cautamente, de manera amigable, entre los dos hermanos, sin multidividir ni una sola de las fincas).

Ego tendrá pronto 50 años. Su mujer frisa la misma edad. El viejo José murió, de accidente, hace pocos. La tromba de la contrariedad cazó igualmente a la viuda, que permanece encamada desde hace algunos años. *Ego* y su esposa, ella más que nadie, son los únicos que trabajan la heredad, convertida ahora en una explotación de carácter mixto, muy compleja. La hija de ambos casó para fuera con un mecánico (antes había trabajado en la fábrica de conserva). El hijo, en «edad militar», trabaja para un taller mecánico. La vieja casa que alzara José, que continuara, adecentara, engrandeciera, *Ego* y su mujer, no tiene, en el momento presente, porvenir claro. Quizá por esto, no sólo simbólicamente, se ha proyectado sobre el mar, como otras viejas casas labradoras del litoral arosano (30).

He querido mantener, al pie de la letra, la redacción originaria de una modélica historia familiar. Ahora, poco más de dos años después, me veo obligado a continuarla, resumiendo los cambios desconcertantes de los últimos meses: *Ego*, que sigue siendo principal inspirador de la casa, es ahora ¡herrero! ¿Sintomático? Pues quizá sea, en efecto, indicador de los vertiginosos cambios a que venimos asistiendo.

(30) Esta proyección del campesino tradicional sobre las costas y sobre el mar es un fenómeno atrayente, poco estudiado. No sólo se debe relacionar con el marisco, también afecto a la explosión pesquera de estos últimos años, pues capital campesino jugó papel relevante en la modernización de las flotas.

Su vieja propiedad heredada, aneja a la casa que *O Vello* plantara en otros tiempos, ha vuelto a extenderse y a complicarse con un inmenso *galpón* (espacio de planta rectangular, alzado con bloques de cemento y cubierto de uralita) que pone a resguardo el nuevo espacio laboral de la casa. Allí trabajan en hierro, preparando muy diversos instrumentos —anclas de barco, cercos de ventana, aperos de diversa utilización— todos los varones de la casa. Esta, después de duros acontecimientos (muy a la altura de las presentes circunstancias), se ha extendido y complicado, disponiéndose para resistir la embestida de la inflación, el paro, la escasez de marisco y la pésima perspectiva económica general. Cubre bajo su techo no sólo a la anciana *encamada*, viuda de José, a *Ego* y a su mujer, ésta tan activa y fundamental como siempre. El hijo (*O Fillo*), de regreso del servicio militar, animó a su padre a montar este taller de aprovisionamiento que estimaba útil y necesario; compró un coche utilitario de segunda mano y permanece soltero, resistiendo junto a *Ego*, hacia quien mantiene la admiración y el respeto de siempre. La hija (*A Filla*), madre ya de dos niñas, buscó refugio con ellas en casa de *Ego* ante la avalancha de desventuras acaecidas en su matrimonio. Superadas éstas, después de breve período de reencontro con su marido (*O Xenro*) fuera de casa, en piso alquilado, y como consecuencia de haber quedado aquel en paro, la nueva familia se replegó también, para resistir, instalándose en la casa de *Ego*. *A Filla* ayuda a la madre, *O Xenro* es uno más en el nuevo taller. Nuestro personaje cuenta ahora con más familia que sus ancestros inmediatos en las últimas generaciones. La casa cobija ocho miembros; se ha replegado sobre sus raíces, extendiéndose de manera sintomática (y complicándose al mismo tiempo). El campo, el marisaqueo, el taller, constituye el triple horizonte laboral de la casa. Las mujeres, de manera cotidiana, atienden al primero; los varones, llegada la temporada, marisquean, y por lo regular se dedican al trabajo del taller. El parque de maquinaria agrícola apenas ha variado desde hace años. *Ego*, como tantos otros iguales, tendría que recurrir al viejo carro de la casa si no fuera porque el nuevo *galpón*, por su amplitud (y el *consumismo* de maquinaria de los últimos

años) le ha deparado la ocasión de acceder al uso —que no a la propiedad— de un espléndido tractor del que es dueño un vecino emigrado, que puede utilizar *Ego* como propio a cambio de cuidárselo y guardárselo en ausencia de su dueño *.

Lástima —ciertamente— que los *estudios de familias*, con detallados *historiales* de cada uno de sus miembros, no abunden (ni sean raros siquiera) entre nosotros, pues, por detrás de la evidente modestia, estas *particularidades* mostrarían aspectos inéditos y desconcertantes de una realidad que por dinámica, dramática, vertiginosa, invalida las fuentes estadísticas mejor elaboradas, así como cualquier tentativa de explicación académica, que descansa en rigurosas recogidas muestrales, cuya exploración lenta y retardada la convierte inmediatamente en obsoleta. La observación y la imaginación nunca fueron tan necesarias para el investigador de la realidad social y económica como en estos días, justo cuando más se echa en falta.

4.1. La agricultura de beiramar

El caso nos interesó por su tipicidad, por lo bien que sugiere diversos cambios importantes y, sobre todo, la transición última hacia un sistema económico, entre comercial y de subsistencia, a caballo entre el campo y la costa, entre lo tradicional y lo moderno, que permite mantener, sin apoyo exterior (aunque contando siempre entre los proyectos el de la emigración por tiempo corto), una casa dignamente puesta, muy común ahora en nuestro litoral (tipo que pese a la extensión extraordinaria de nuestras costas dista mucho de haber merecido la atención de los investigadores). Criterios harto discutibles, economicis-

(*) Desde que la llamada *crisis* evidenció su presencia en Galicia, la casa parece haber recobrado parte de su sentido tradicional, dentro de la lógica resistente del *refugio* que en este mismo ensayo evidenciábamos. La vuelta a poner en uso aperos arrumbados, el carro por ejemplo, he podido observarla, y hasta cuantificarla toscamente, en los últimos meses (también la constatan, para el norte de Lugo, atribuyéndola a la carestía del carburante, los citados Parra, Rojo y Sanz). Pero, claro es, la misma extensión precedente de maquinaria, contiene esta marcha atrás...

tas y empiristas, lo mantienen oculto, todavía. Juan-Vicente Palerm Viqueira, al intentar establecer una nueva tipificación de las comunidades rurales resaltó la limitación teórica del cuantitativismo y la singularidad, precisamente, de este caso gallego (1975):

Aunque la agricultura gallega es definida como un sistema de subsistencia, no se considera la importancia que puede adquirir cuando se complementa con otras actividades económicas. Tampoco se presta suficiente atención a la existencia de fuentes de trabajo locales no especializado o semi-especializado. Ocupacionalmente, un gran sector de la población activa aparece como agrícola, cuando, en realidad, raramente pisa las tierras de labranza; dedicándose justamente a las referidas ocupaciones locales. Otro sector, predominantemente compuesto por menores de edad y mujeres, no aparece como económicamente activo cuando son quienes proporcionan gran parte del trabajo agrícola. Parece ser que la combinación de todos estos factores, tal como lo hemos podido observar en numerosas localidades de la provincia de La Coruña, establece un sistema socio-económico peculiar que permite, por un lado, la satisfacción de las necesidades biológicas y la obtención de pequeños excedentes para cubrir algunas necesidades sociales y tecnológicas y, por otro, unos ingresos en metálico supletorios, relativamente regulares, que constituyen unos excedentes importantes en cuanto a la economía familiar. El sistema implica gastos muy reducidos en comparación con otros de agricultura especializada.

La observación de Palerm parece correcta, si bien deberíamos añadir el esfuerzo, muy notable, que supone para los protagonistas. Es el caso de nuestra historia: *Ego*, durante el período que puede marisquear, se pasa buena parte del día en su nuevo *bole*, dedicado a esta faena. Su mujer, entre tanto, cuida la casa y trabaja la tierra. El

futuro todo de la explotación, por otra parte, se ve amenazado: el hijo de ambos trata de cualificarse en una profesión que refracta, casi siempre, aquellos trabajos. Tampoco las circunstancias del marisqueo están claras en la coyuntura actual. Frente a los criterios tradicionales aparecen otros nuevos, basados en la privatización de las costas (concesiones privadas, cooperativas), hay ciertos proyectos de colectivización (que alientan el choque de pescadores y labradores, por las diferentes concepciones que rigen la propiedad de la tierra y del mar) (31) .. La incertidumbre domina el paisaje, pero el caso está ahí, dotado de vitalidad suficiente para que merezca nuestra atención por su propio atractivo. Y no es siquiera fenómeno exclusivo de las costas, como se sabe. Los *huertanos*, estos cultivadores que viven en las inmediaciones de las ciudades, practican desde muy antiguo una agricultura semiespecializada que apenas mereció nunca atención alguna de los investigadores. La casa volcada en parte sobre la ciudad (por el trabajo de obreros y profesionales no agrícolas) también vive abierta al mercado de la misma (cosa que obliga a diversificar el trabajo, yendo unos con los productos a «la plaza», otros a la huerta). Los huertanos fueron durante muchos años el elemento más combativo y beligerante de nuestro agrarismo histórico, fueron impulsores igualmente de una evolucionada forma de agricultura familiar, abierta al comercio (incluso exterior, transoceánico) (32), muy merecedor de atención, como la litoral, pues ateniéndose a criterios tradicionales, mantienen una actualidad digna en estos días.

Sin duda es aquí, en esta clave distinción entre *tipos y modos* de agricultura, donde los aportes más recientes comienzan, por un lado, a complicar la imagen tradicional del *campesino arquetípico* y, por otro, a enmarcar una situación mucho más real y poliforme. Hoy se distingue entre *agricultura a tiempo parcial* (cajón de sastre cuya

(31) La guerra del litoral, con sus diversas aristas, puede verse reflejada en Manuel González Vidal (1979).

(32) Recuerden los coruñeses la exportación de la cebolla a Cuba, tan importante, y la incidencia de estos campesinos en el agrarismo gallego de talente más avanzado (J. A. Durán, 1977).

evidencia ha entrado con la fuerza de los números estadísticos) y variados *tipos de explotación* (transicional, moderna, de carácter familiar o campesino, capitalista —con o sin tierra—, cooperativa, en sus diferentes concepciones). Al propio tiempo, los investigadores comienzan a detectar la emergencia de varios *tipos de casa*, según el grado de dedicación a la agricultura, según el modo en que establecen relación con ella. Incluso Colino, Albino Prada y Abel López se atreven a aproximarse al denso problema de la reclasificación social de la población *no urbana* de Galicia (asunto muy intencionadamente dejado al margen de nuestro libro colectivo). Detectan, así, *grupos sociales* o *bloques* que definen con relación a un poder esquemáticamente analizado. Tales aproximaciones, estimables desde luego, adolecen de la tosquedad y del apriorismo que origina la falta de fuentes y la presurosa recurrencia al doctrinarismo ideológico de la gran teoría. Por nuestra cuenta, saludando como venturosa la nueva serie de complicaciones introducidas en el análisis, no dejamos de lamentar el tono economicista, dogmático, mutuamente excluyente, de buen número de tales aportes iniciáticos. Al propio tiempo, lamentamos también su desentendimiento de la dimensión histórica y sociológica del problema (su *fondo* y su *trasfondo*), pues la complicación no es meramente estructural, sincrónica, presente, sino diacrónica, sostenida; tampoco es meramente *gallega*, sino española y general. Cada análisis, si quiere enriquecer realmente la interpretación global del proceso, debiera abandonar sus complacencias con el totalitarismo totalizante, valga la redundancia, que quizá sirva para adoctrinar capellanías próximas al círculo de cada cual, pero que alejan del fondo mismo del objeto que entre todos, cada cual desde su modesto ángulo de observación, desde el color de su lente, tratamos de dilucidar.

* * *

Sin embargo, medido en grandes números, este paisaje es excepcional: lo más común, el derribo, por abandono,

de tales formas de agricultura. El caso de *beiramar* parece elocuente. La emigración se ha convertido en un destino; el *navegante*, como el trabajador de las grandes plataformas, en la figura más significativa de aquel horizonte. El comportamiento familiar contribuye a mantener al emigrante en la emigración y a la casa alejada, más cada día, de la labranza. La misma morada se ha trocado en chalet suntuoso algunas veces. La suntuosidad prende como contenido reactualizado de la vieja competencia. El éxito se mide no por el abandono de la emigración, sino por el consumismo de la casa. Sólo el alto coste de determinados servicios en un habitáculo diseminado contiene, a duras penas, aquella locura (33). Los nuevos edificios, con sus flamantes y variados aparatos y servicios, no sólo atan al emigrado a su destino, sino que conducen a la mujer al abandono, definitivo, de sus labores de antaño, en tanto consumen los hijos enseñanzas... La tierra, en estos ámbitos, aparece muchas veces abandonada o removida «por vergüenza». Y, sin embargo, quizá el replanteo drástico, progresivo, del uso de esta tierra, recuperada en nuevas formas de explotación comunitaria, podría dar *sentido* al *sin sentido* de las inversiones presentes: incluso permitir el regreso del emigrante a casa... alguna vez.

(33) Los estudios comparativos (cfr. Margarita Ayestarán y Justo de la Cueva, por ejemplo) olvidan casi siempre estos aspectos tan hondamente condicionantes. Saltan por encima de la estructura del habitáculo y comparan pueblos concentrados con aldeas diseminadas. Pero las cosas ni cuestan ni funcionan igual ni tienen la misma utilidad en un lugar que en el otro. Veamos este ejemplo: el teléfono. Al suprimirse las viejas centralitas, medida anticomunitaria, justificada en razón de la indudable mejora del servicio, dejó de ser posible poner «avisos de conferencia». La incomunicación aldeana es ahora mayor que antes, y se acrecienta cuando por un enfermo o por la familia emigrante, se vive a caballo del exterior. La necesidad de un teléfono (particular) se siente en muchas casas de Galicia, pero ¿cuál es su coste?; en las parroquias del Ayuntamiento de Rianxo oscila entre las 40.000 pesetas que cobra la Compañía (!) en Asados, a la media de 100.000 de la mayoría de las aldeas, para llegar a ¡200.000! en Isorna. El pésimo servicio de luz eléctrica, tan violentamente denunciado en muchos lugares de Galicia (y del campo español) en estos últimos años, es un fraude de las compañías y otro freno, relativo al consumo (que también sufre de la pésima atención de los servicios técnicos a la hora de las reparaciones, etc.). Pero el menor consumo relativo de la población diseminada, si se compara con la concentrada, no tiene que ver con la apetencia, con el consumismo que una y otra padecen casi por igual, y es esto, precisamente, lo que resulta demoledor.

4.2. El entramado de la crisis

La agricultura litoral pese a sus últimas evoluciones, pese a ciertas experiencias individuales, tendrá que optar con valentía por nuevas fórmulas si quiere salir adelante. Su caso —se viene a decir— es mucho menos significativo que el de otras agriculturas del «interior». A mí me parece, pese a todo, que la indudable diferencia que existe entre nuestros campos no puede hacernos olvidar las analogías. El historiador, por ejemplo, ha llegado a palpar la utilidad explicativa de distinguir en todos ellos la transición, señalada, del viejo *casal* a la nueva *casa*, ahora amenazada de ruina.

Los viejos *casales*, entregados a sus aparceros cultivadores como unidades de cultivo (conteniendo parcelas de labradío, huerto, prado, monte) eran también *lugares acasados*, aunque, generalmente, a la casa debiera llamarse choza, pues nada tiene que ver con la que, atendida a reglas de arquitectura popular, anda ahora en trance de demolición. Así, cuando por efecto de la primera emigración transoceánica, la compraventa de tierra se convierte en especie de locura, aquellos casales, los viejos lugares acasados, se fueron vendiendo. Sus compradores distaban mucho de ser los viejos campesinos llevadores, quienes quedaron —no pocas veces— sin tierra. En fases más avanzadas, entrado ya el siglo XX, los viejos casales dejan de venderse unitariamente: las parcelas integrantes se lanzan al mercado separadas, y éste compra *labradío*, aquél la *lama*, es otro el monte... Cuando tales parcelas tienen dimensión idónea, su dueño las sobreparcela con el fin de obtener mayores ventajas de la operación. De esta manera, en apariencia, el propietario antañón pone la oferta de tierras a la altura de la fuerte demanda de unos cultivadores pobres, con hijos emigrantes, con extraordinaria hambre de posesión y de propiedad. «La tierra para quien la trabaja» fue en Galicia, como en el minifundio español que mejor conozco, básicamente esto: Un negocio formidable de los antiguos propietarios quienes, con tal metodología, lanzando a los compradores a la irracional competencia de las subastas, consiguieron precios tanto mayores —en pro-

porción— cuanto mayor fuera el parcelamiento (menor la finca, por lo mismo). Y dista mucho de haber pasado a la historia este mecanismo de minifundización. Andando el tiempo, en base a él como a diversos sistemas paralelos, la tierra *de seu*, propia, comenzó a alcanzar cierto peso específico sobre la *de alleo*, ajena, dentro del contexto de la propia explotación. Valeriano Villanueva sintetizaba el proceso para los *años veinte* en estos términos:

Lo mismo en la zona baja o marina, de propiedad subdividida, que en las montañas, los campesinos en estos últimos veinte años han ido adquiriendo el dominio de la tierra en mucha mayor parte que antes. Hoy, considerada la región en conjunto, las fincas rústicas de todas clases y de propiedad particular pertenecen a los agricultores de oficio próximamente en un 60 por 100 de la superficie total de ellas, como repetidamente hemos indicado.

En este momento, cuando el peso medio de la propiedad sobre el arriendo y la aparcería supera el 50 por 100 de la superficie en tierra de la explotación, la transición del *casal* a la *casa* se precipita. Pero, lógicamente, el cambio tiene un alto coste tensional y que se acusa en el agrietamiento de los sistemas tradicionales de herencia y transmisión de bienes, como en las relaciones de persona a persona. Eric R. Wolf (1971), al reflejar esta característica del Norte español, destacaba la gran amenaza:

En algunas comarcas montañosas de Europa —en los Pirineos, en el Norte de España, por ejemplo— una hacienda puede incluir pasto, prados, bosques y tierras de labradío. Esta óptima combinación ecológica puede verse, sin embargo, amenazada de subdivisión. Al mismo tiempo, una unidad de este tipo no puede sostener sino a un determinado número de habitantes. Por ello, las reglas que rigen la herencia sirven para eliminar, en la sucesión, todas las posibles competencias que disminuirían la capacidad potencial de la granja.

Wolf recuerda el *caso irlandés*, tan similar al nuestro, donde se ha pasado de un sistema de herencia divisible a otra indivisible (34). Relaciona este hecho con el incremento de las emigraciones transoceánicas de aquel pueblo. Parece seguro que tal relación está también en el origen de las nuestras, si a ella se añade (como hace Jesús García Fernández, 1965) la escasez de un terrazgo extraordinariamente recortado. La lucidez de Wolf es mayor al sintetizar este segundo momento de su reflexión:

Con todo, la herencia indivisible aparece como resultado de presiones jerárquicas sobre el campesinado. Ha sido dicho que los señores de los dominios patrimoniales son partidarios de la herencia indivisible para mantener intacta la estructura de pagos de rentas y económicamente valederas las unidades en que han de hacer esos pagos. De otro modo, a cada partición, habrían de ser distribuidas. No sólo se trataba de hacer frente a las cargas que gravitaban sobre ella, sino de que también pudiera resistir los continuos cambios.

Una de las consecuencias de la herencia indivisa es la partición de la sociedad en dos grupos: los herederos y los desheredados. A su vez, esta partición implica el asentamiento de unas bases para el desarrollo de una aristocracia campesina entre aquéllos para quienes el mantenimiento de las haciendas en su integridad era y es el objetivo supremo. Fuertes presiones psicológicas y sociales se oponen a los matrimonios con hijos e hijas carentes de herencia; a la vez, exigencias de tierras pueden hacer que sólo los herederos puedan establecer familias, usualmente eligiendo su pareja en otros grupos domésticos herederos de ellos. Lazos matrimoniales de este tipo forjan

(34) Sobre este *modelo irlandés*, muy presente en la lucha agraria y nacionalista de Galicia, me he extendido en diferentes lugares y ocasiones. Un estudio comparativo, de dimensión comunitaria, entre una aldea irlandesa y otra del municipio coruñés de Sobrado, viene realizándolo desde hace años el antropólogo aragonés Luis M. Esteruelas.

fuertes alianzas entre los propietarios, con frecuencia dirigidas contra sus parientes desposeídos.

Es un planteamiento muy sugestivo, que insinúa cambios de «larga duración» en nuestra propia sociedad. Carmelo Lisón Tolosana, como se sabe, ahondó en algunos aspectos de esta relación, aportando un cuerpo fundamental de materiales recogidos *sobre el terreno*, en una gran exploración antropológica cuyos datos principales vienen referidos a los *años sesenta*. En la dimensión histórica y sociológica de este modelo trabajamos algunos investigadores más desde hace algún tiempo. Parece fecunda la veta, pues ahonda en el corazón mismo de nuestra cultura campesina. Aquí, dada la finalidad del ensayo, quisiera sugerir esta síntesis, tan personal como simplificadora:

El proceso de descomposición del mayorazgo no destruye (antes bien, afirma en medios populares) su ideología. Subsiste, por decir así, en el *casal*; permanece, agrietada, en la ideología de la *casa* labriega. La transición del *casal* a la *casa*, con el progresivo abandono de las propiedades ajenas por el incremento del peso relativo de las propias, agudiza y diversifica las tensiones estructurales que subyacen a tal esquema de herencia y transmisión. La emigración torrencial no contesta tanto la verticalidad y el centralismo del sistema social-político (que, por otra parte, siendo centralista, era ya antiseñorial en cierto modo) como la permanencia de la ideología del mayorazgo, asumida por la propia *casa*. Se comprende (parece que incluso a nivel consciente) que al trabajar casi exclusivamente casales, heredades ajenas, no tiene sentido (ni el dueño lo consentiría) dividir las tierras. La herencia *indivisa*, en este caso, pertenece a la lógica del *casal*, que es la que le impone su propietario. El *petruncio* para mantenerse al frente de la explotación ha de contar con una *familia extensa* de entre la cual ha de elegir sucesor que se entienda con el dueño, mereciendo la confianza de éste, la cual coincide así, significativamente, con la voluntad del padre y con el sentido de la *casa*. No hay mucho de místico en este condicionante. Responde, punto por punto,

a la lógica de la situación. El mito de la «compañía familiar» quiere, simplemente, sacralizar una asimetría, pues el *petrucio* y el *herdeiro* son elementos de un sistema de dominio cuyas reglas, no por ligadas a la costumbre, dejan de pertenecer al propietario. Ateniéndose a esta lógica, los hijos se sienten vinculados a la casa, consienten en servirla incluso a través de su «expatriación» ultramarina. Mandan «remesas» para su sostén, para ir saliendo de aquella dependencia. La parroquia de los vivos no sólo se continúa en la parroquia de los muertos (Lisón, 1971), alcanza también a la comunidad americana, donde los *veciños* fundan una verdadera continuación de su tierra, de aquellos pagos de donde son originarios. Ahora bien, en la medida en que el dinero emigrante y el trabajo *de todos* permite comprar tierras, redimir foros, hacerlas propias, entrar en la transición sugerida del casal a la casa, el conflicto interno, que permanecía latente, se refuerza y estalla en contenidos empíricos documentables. El viejo esquema común de la herencia señorial se cuarteja de manera irremediable. Parece lógico que así suceda, puesto que la propiedad del propietario es para los hijos mucho menos contestable que la del padre. Si *todos*, por lo demás, contribuyen al engrandecimiento (a la compra, al desempeño, a la redención) de la heredad, se siente la justicia de que sea ésta *de todos*, *propia*, de manera real (individual) y no sólo formalmente. El púlpito, el confesionario, mucha literatura campesinista, facciones del movimiento agrario, el Estado y, como ahora, la ideología de los tiempos —si vale decirlo así— juegan papel importante en este sentido. Según estas fuentes, las áreas donde se mantiene la *ideología petrucial*, la herencia *indivisa*, la *millora*, fueron altamente expulsivas, emigrantes, en un principio. Y el esquema no cesa por este motivo: al patri-linealismo sucede el matrilinealismo, nada más. Sin embargo, todo el sistema está herido de muerte. El progreso de la *manda bilateral*, el dominio de la *partilla* sobre la *millora*, parece irreversible. Las emigraciones de estos últimos lustros marcan el punto final de esta quiebra que alcanza a los íntimos resortes del *familismo* tradicional. Carmelo Lisón nos dejó de este final un testimonio ex-

traordinario (35). Pero la crisis del sistema familiar se venía encubando desde mucho antes.

* * *

Nuestra sociedad campesina llevaba dentro el peso de una crisis, quizá irreparable: el proceso de minifundización (de pulverización, podríamos decir) por compras y transmisiones hereditarias, es una de sus manifestaciones. En efecto: sólo se puede vender, transmitir en dote o por herencia lo que es de uno, lo que es propio. Así, sólo cuando la casa tiene tierras de su propiedad, libres de foros, de cargas, de hipotecas, queda emplazada, propiamente, a mantenerlas indivisas o a ceder a las nuevas exigencias de división que conllevan, añadido, el plus de su cuarteamiento (36). Y, como hemos dicho, en el caso gallego la gravedad del nuevo proceso se extrema como consecuencia, por una parte, del mantenimiento parcial de la aparcería y del arriendo (como de su lógica: la familia extensa), por otra, de la necesidad de acceder a varios tipos de terrazgo y de monte, si se quiere, propiamente, realizarse de manera ajustada al mismo esquema cultural. Son, como se ve, aristas contradictorias metidas en el horizonte de una misma casa.

Un sistema tan complejo, tan avanzado dentro de una economía tradicional de subsistencia, como es el nuestro resistió múltiples embestidas y adversidades, pero todo

(35) Véase, por ejemplo, el abundante material etnográfico que documenta la quiebra de la ideología en las ricas casas de labranza, sin duda las que mantuvieron la misma de manera más completa y trabajosa. La fertilidad de esta perspectiva es evidente; ha sido comprobada incluso clínicamente. Desde otro esquema teórico, cfr. Mario Orjales Pita (1975 a y b).

(36) José Luis García ha detectado esta complicación para el caso de nuestros vecinos de Villanueva de los Oscos: «Pero por casa, y consecuentemente por casa patronal, se entiende también una realidad bastante más amplia de la vivienda, y que comprendería el conjunto de propiedades que se adscriben a una vivienda. Estas propiedades pueden venir de la *primitiva generación*, lo que constituiría la casa propiamente patronal, según este sentido, o haber sido añadidas en parte a la casa por compra: en este último caso los bienes adquiridos no pertenecen a la casa en el mismo sentido que los anteriores y son susceptibles de una regulación diferenciada, como las de la herencia» (1976).

hace suponer que ya no tiene posibilidades ni razones para proseguir como tal. Es el fondo de la crisis que tratamos de elucidar. Esta crisis particulariza la muy general de los campos (españoles). Como se sabe, en el rápido derribo del presente resultó decisiva la acción de factores exógenos, razones y presiones de neocapitalismo, aplicación de esquemas muy precisos de «intercambio desigual»; pero tales factores no serían tan contundentes si la crisis no estuviera planteada de antiguo en el seno de la propia comunidad campesina. La colonización no ha resultado tan eficaz porque se ejerciera desde la política, esto es, desde el exterior, sino porque, dialécticamente, el exterior estaba dentro, porque los mismos pacientes del proceso llevan —incluso ellos— un colonizador en sí mismos. En palabras de Jesús García Fernández:

La economía rural de Galicia no sólo ha de ser calificada como una economía autárquica, sino también como una *economía de subsistencia*. Y es precisamente en este aspecto en donde reside verdaderamente la manifestación más acusada de la pobreza del campo gallego. Pues el campesino, para conseguir este nivel de subsistencia, tiene que emplear un trabajo muy considerable. Sólo a costa de una gran acumulación de esfuerzo logra arrancar a la tierra las cosechas numerosas y voluminosas que le permiten sólo alimentarse. Se ha evaluado que una hectárea de terreno requiere 215 a 305 jornadas de trabajo. Así, las unidades de explotación de dos o cuatro hectáreas exigen de 400 a 1.220 jornadas de trabajo.

Y este elevado número de horas de trabajo no disminuye progresivamente a medida que disminuye su tamaño, pues las pequeñas unidades de explotación de la provincia de Pontevedra requieren 210 jornadas al año. Obligan, por tanto, a mantener una mano de obra abundante, que, al mismo tiempo, ha de desempeñar una labor muy dura y continuada. Para sostener este tipo de agricultura intensiva necesitan emplear de dos a cua-

tro personas; es decir, que el trabajo del campo absorbe la actividad de toda la familia labriega, y tan sólo para conseguir alimentarse.

Se comprende de este modo la elevada densidad de población rural que mantiene Galicia; ya que estas pequeñas unidades de explotación exigen un elevado peso humano. Y el superar este estadio de subsistencia con la actual orientación de la economía rural resulta, si no imposible, sí muy difícil. No es un problema de transformación de la estructura agraria tan sólo; de aumentar sensiblemente el tamaño de la explotaciones. Con ello se conseguiría fijar todavía más mano de obra sobre el terrazgo, y esto en unos momentos en que la población rural, y en especial las nuevas generaciones, no consideran ya como un ideal esta dura y poco esperanzadora vida campesina, parece ser algo utópico.

Es, vista desde otro ángulo, la misma quiebra que ofrecen todos los indicadores: el *familismo* fue capaz de contener durante decenios la nada tímida penetración del capitalismo en el campo (pues se suele pasar por alto que este fenómeno dista mucho de ser algo de aquí y de ahora), pero en nuestros días, cuando el sistema capitalista afinó sus resortes, aquella ideología se ha desplomado. Y, si no parece suficiente incrementar el espacio físico de las explotaciones, dista también de serlo recurrir, presurosamente, a una mecanización (individual) que no pasa de ser, la mayoría de las veces, sino un rasgo más del consumismo —tan caro al capital monopolista— que todo lo demuele. Porque consumir (individualmente) tractores, por ejemplo, debido a su alto coste, resulta rompedor en sí mismo para el viejo sistema: patentiza la cadena de trabajo sin fin, *sentida* como esclavitud, que conlleva el policultivo tradicional; acrecienta las ansias de posesión (o la contrata del tractorista); penetra en el esquema de valoraciones comunitarias, trocando en impresentables las tareas, los utensilios, la vieja maquinaria del país, que había resistido —caso del carro chillón— muchos siglos de trabajo ininterrumpido. Al propio tiempo

—es la otra cara de la misma danza— el campesino comienza a sentirse modernista, manteniendo con su tractor una relación que se nos antoja tan erotizante como la del pequeño-burgués con su utilitario. Toda la estructura social de nuestras comunidades campesinas acusa la presencia del impacto. Nuevos criterios, todavía inestudiados entre nosotros, muy ajenos a la lógica tradicional, compartimentan la sociedad, reclasifican las gentes, regulan nuevas formas de lucha de clases (37). Esta penetración del capitalismo en el campo gallego, como se ve, no afecta tan sólo al proceso comercializador, donde la presencia del capital monopolista es más evidente; afecta al propio esquema productivo del campesinado. El policultivo tradicional aparece herido de muerte en una de sus llaves maestras: la explotación del monte (García Fernández, 1975).

Aureliano García nos avisaba: los montes llevados en régimen de «mano común» son el próximo objetivo del capital en el campo gallego (38). Yo diría que nunca dejaron de serlo (podrían contárnoslo muy gráficamente los vecinos de El Grove, historiando sus luchas por la posesión de los montes vecinales de La Toja de donde fueron expulsados, literalmente, en una operación clásica). Es sólo un ejemplo expresivo, pues la lucha agraria de antaño, tan polarizada sobre el monte, tan sensibilizada ante las apropiaciones fraudulentas, era consecuencia de la importancia extraordinaria del mismo para la explotación. Pero ahora, como el propio Aureliano nos recuerda:

Os montes perderon xa aí algún tempo moita da
súa antiga función económica: a leña foi susti-

(37) Rompamos de una vez con el arcadismo de nuestros clásicos, tan interesado; el laboratorio gallego presenta fuerte segmentación interior, alta tensionalidad no siempre contenida (véase J. A. Durán, 1977 y 1979), si bien los estudios de estratificación apenas aparecen iniciados entre nosotros. Méndez Ferrín señaló esta limitación en el horizonte literario, cuyas funciones ideológicas son patentes. Sólo reconoce una única excepción: la de Xosé Neira Vilas, que «establece a loita de clases no campo» (Cfr. *Teima*, núm. 28, 1977). En este punto mi desacuerdo con Colino es claro.

(38) Cfr. «A penetración do capital no campo galego», *Teima* núm. 19, 1977. En torno al mismo asunto merecen consultarse igualmente otros dos trabajos, quizá de un mismo autor: *Nova Galicia*, «Algunhas notas sobor da economía campesiña galega hoxe» (Madrid, 1977) y Emilio Pérez Touriño, «Dominación do capitalismo monopolista e cambios na economía galega», *Materiales* núm. 5, 1977.

tuida polo butano e o toxo xa non é preciso coa introducción dos abonos químicos e as cortes de cemento. Amáis disto, a conciencia de propietario do monte comunal está moito máis diluída no campesiño, que a que ten sobor da terra, xa que neste caso ésta representa o seu único medio de vida. Así pois, as posibilidades non poden ser milliores.

Hay algo más y viene muy en línea con nuestra propia argumentación. *Ego* nos relató, gráficamente, el hondo condicionante de un cambio de tanta trascendencia, cuando le preguntamos —con evidente ingenuidad— si con su pequeño paquete de monte propio y con el acceso al común, tenía suficiente. Esta fue su respuesta:

—¿Teño suficiente? ¡Pagando! ¡Eso sale caro de puñeta! Bueno, pagando porque é así a vida. Daquela íbamos co carro, pero hoxe tes que chama-lo tractor, tes que chamar xente, tes que ir apañalo, cargalo, todo a base de pago.

Esta devaluación del monte, visto desde la óptica del campesinado; su sobrevaloración, a los ojos del capital, pueden echar alguna luz, por supuesto, sobre las quemas del presente; pero es asunto que ahora nos desborda. Aquí, siguiendo la lógica de nuestro ensayo, queríamos simplemente sugerir cómo la dependencia del trabajo exterior o de la mecanización contribuyen también a ahondar la crisis.

No se trata, por supuesto, de clavar la apocalipsis en el presente, pues quizá no pasara tal cosa de ser un argumento en favor de la integración; lo que este autor intenta, simplemente, es evidenciar la gravedad del proceso, urgir la puesta en práctica de proyectos realmente imaginativos, revolucionarios, que sólo el labrador, con su conocimiento de la realidad, como sus hijos, amigos, vecinos, emigrantes, pueden ir ensayando sin demora si quieren mantener algún protagonismo en la aventura...

4.3. Entre el mercado y la cooperación

He tratado de sugerir cómo las transformaciones, anti-

guas y actuales, que se ofrecen en la *casa* labradora, obedecen a «razones» endógenas y exógenas, pues los campos, por impermeables que quisieran parecer, resultaron porosos en demasía. Las historias de familia, como la investigación histórica, sociológica y antropológica del presente, concuerdan ampliamente, apuntalan aquel esquema de la crisis, coinciden también en reconocer su aceleramiento actual. La penetración del capitalismo, fenómeno de larga duración, empezó por demoler el complejo entramado, ideológico y operativo, en que se asentaba nuestro policultivo de subsistencia. No quiere, sin embargo, detenerse ahí. Hemos sugerido que tampoco en este aspecto debe resultarnos la cosa demasiado nueva. Quiere que el campesino asuma su propio derribo, que se transforme radicalmente, poniéndose en línea con los nuevos esquemas de dominio: que cese, por ejemplo, su resistencia; que rinda su casa, dejando de concebirla como torreón armado, en lucha, desigual y quijotesca, contra la rueda dentada de la ciudad; que acepte, como derrotado común, las condiciones de su enemigo antañón, reconociendo la victoria de lo moderno; que se troque de campesino en empresario o/y en granjero; que asuma las reglas del mercado, como su paralelo sistema de valoraciones. Que, reconociendo como irreversible la caída, saque partido de ella, pasándose, por así decirlo, en cuerpo y alma, al bando triunfador, huyendo en desbandada de aquellos refugios y reservas donde sólo le consienten que malviva (39). Hemos ido viendo cómo no se trata de una metáfora; cómo este último proceso parece avanzado, también en Galicia. Compruébelo el estudioso atendiendo a los interiores de las casas, a la concepción empresarial de algunas aisladas, esparcidas por múltiples comarcas; sobre todo pálpese en las áreas que pasan por más modernas y progresivas de la agricultura gallega. Será a la evolución de alguna de estas últimas, a la sensación advertida en su campesinado, a quienes atendamos a partir de aquí.

A) Estamos en 1958. Río Barja aún tiene bríos poéticos para comunicarnos la belleza y la vitalidad del paisaje agra-

(39) Un esquema de análisis sociológico de estos refugios puede verse en Francisco Pol y Pedro de Llano, 1972.

rio *maiano*, una comarca que representa la zona media de Galicia. La casa labradora, función de la geografía y del trabajo de sus moradores, traduce «toda la circunstancia de su vivir económico». Es muy uniforme: dos plantas, generalmente, la componen (si bien es el grado de acomodo de los moradores quien determina esta circunstancia). El autor, que no considera oportuno injerirse en el drama interior, atiende a sus rasgos más sobresalientes: la explotación basa su éxito económico, en gran medida, en el capítulo forestal; sigue después el ganado, muy contenido ahora en su expansión por el avance del pinar que invade antiguas zonas de pasto, que ve también menguadas sus posibilidades de seguir siendo principal instrumento de tracción. La raza *rubia gallega* está siendo sustituida por la *holandesa*. Es que la leche ha comenzado a destacarse como producto fundamental; pero el sistema de comercialización se mantiene todavía a caballo entre lo antiguo y lo moderno: lo prueba el diario ajeteo de las *leiteiras* que van y vienen de la ciudad de Santiago, ciudad que aún surten por las casas. Fuera de las aldeas mejor comunicadas con Compostela, la leche se vende a los camiones de ILEPSA y de POMPEAN. El *gando posto* y la aparcería de tierars mantienen su vigencia en cierta medida, razón por la que —con idea de combatirlas— acaba de instalarse la primera Caja Rural de Préstamo de la comarca, que cede dinero al 5 por cien para comprar ganado propio.

La pobreza, aun en esta comarca privilegiada, enmarca el conjunto. Los jornaleros se van. Son los últimos emigrantes que toman las rutas transoceánicas. Las condiciones de contratación se estiman oprimientes de todo punto, inaceptables y escasas:

El contrato es verbal —en el caso de que se pueda llamar contrato— y presenta dos tipos: *a seco* y *a mantenido*. A seco cobran los jornaleros 25 pesetas; a mantenido, 15 pesetas. En el tiempo de la siega los jornaleros son siempre a mantenido y el jornal sube a las 30 ó 40 pesetas, haciéndose más comidas de las ordinarias. Para trabajos corrientes también las mujeres son contratadas como

jornaleras y cobran, a mantenido, 10 pesetas. Es costumbre que los jornaleros aporten la herramienta para el trabajo que van a realizar.

Como puede verse, la nueva política emigratoria del Régimen no tuvo que empujar demasiado.

* * *

Diez años después (1967) la Escuela de Enseñanza Social de Galicia, por encargo del Consejo Económico Sindical del Noroeste, realiza en Teo el acopio de materiales que daría lugar, dos más tarde, al primer *Informe Sociológico* sobre un municipio rural gallego. Su información resulta sugeridora para percibir los cambios operados en estas comarcas coruñesas, campesinas y diseminadas, que viven la influencia de Santiago de Compostela. Pese a la torrencial emigración del momento, Teo no ha perdido población más que en términos relativos. Su caso comienza a ser excepcional, y eso que la riada también le alcanzó en cierta medida: el 27 por 100 de las familias cuentan ya con algún emigrado en su casa. Faltan de ellas los labradores jóvenes (2 varones de cada 3), el 75 por 100 con edades comprendidas entre los 16 y los 30 años. La mayoría (48 por 100) se fueron al extranjero europeo. Apenas ha regresado ninguno de aquellos primeros emigrantes; los pocos que lo hicieron abandonaron el campo definitivamente, invirtiendo sus ahorros en lo mismo: la construcción y los bares (único «negocio» que conciben).

La población aparece claramente desequilibrada: hay más mujeres (57 por 100) que varones. Predomina la agrícola, pero los varones prefieren trabajar en la industria de la construcción, desplazándose a Santiago diariamente (10-14 kilómetros). Las mujeres cargan con el grueso del trabajo local, que se desarrolla en el campo; su grado de alfabetización es significativamente menor (40). El porvenir de la

(40) Ya en los años escolares su trabajo es mayor que el del varón. Falta mucho más a la escuela por este motivo. Es este un rasgo relevante de la cultura campesina de Galicia (cfr. Ministerio de Educación y Ciencia, 1970: descripciones comarcales). El *amazonismo* es aparente. La explicación funcionalista que vincula el trabajo de la mujer al déficit varonil nos parece insuficiente (J. A. Durán, 1972).

familia se ve en el varón y, sobre todo, en el hecho de que abandone el trabajo del campo.

El *familismo* aparece ya muy contenido. Cada casa de Teo cuenta con una media de 4,74 miembros. Se redujo considerablemente en pocos años. Pese que la presencia de la *familia extensa* es clara (19 por 100 de las residentes son en realidad hogares de dos o más matrimonios de padres e hijos), predomina ya la *nuclear* (66 por 100 se componen de un matrimonio con sus hijos). Únicamente el pequeño campesino propietario y algunos labradores acomodados que contratan jornaleros, mantienen el esquema tradicional. Pero no sólo se reduce la familia en sus términos estadísticos, también la ideología de la *extensa* aparece cuarteada, como algo del pasado, en el punto crítico del número de hijos que se desean: el 55 por 100 de las amas de casa quisieran tener (o haber tenido) entre 1 y 3 hijos, siendo este proceso tanto más perceptible a medida que se reduce la edad de las mujeres. También la concepción del *honor*, apenas ligado tradicionalmente a la virginidad de la mujer soltera, se agrieta según este *informe*, y ello pese a que el 63 por 100 de las amas de casa solteras eran madres (sin que socialmente parecieran estar marcadas o penalizadas por ello de cualquier manera). Otros aspectos relevantes indican la misma quiebra ideológica: la clara incidencia del matrimonio romántico, que ya predomina sobre el «de trato», parece el rasgo más significativo de entre los considerados en este estudio.

La mujer señorea la casa. Las construcciones son tradicionales en su inmensa mayoría, pero la modernidad hizo acto de presencia: un 9 por 100 son posteriores a 1960; destacan mucho más los arreglos de fachada y de interiores. Estos gastos se costearon con la venta de pinos y, sobre todo, con ahorro emigrante. Gracias a las mejoras y a las ausencias de la población emigrada, el índice de hacinamiento tradicional se redujo de manera considerable, si bien los cambios son limitados todavía: no hay agua corriente; el retrete es elemental o llega a faltar en las casas más pobres. La *lareira* aún predomina en el llar, si bien se advierte la presencia de cocinas económicas (incluso se puede ver alguna que otra cocina de butano). Hay aparato de radio en la

mayoría de las casas y televisor en las más pudientes (los bares y los teleclubs también acusan esta última presencia).

El pequeño negocio forestal de antaño ha entrado en crisis. Todas las casas tienen alguna tierra —es rara la excepción—, pero el 60 por 100 no llega a las 2,5 hectáreas. Selo un 7 por 100 pasa de las 5 hectáreas. La propiedad coincide con el total de la explotación en un 58 por 100 de las familias; pero un 21 por 100 (el informe los denomina «jornaleros») sólo cuentan con un 12 por 100 de bienes propios, predominando en este grupo la aparcería (80 por 100). La cabaña ganadera continúa siendo modesta; tiene clara orientación lechera, si bien se perciben los primeros síntomas inequívocos de que el nuevo sistema de compra, protagonizado por las grandes industrias, es asimétrico, presenta signos monopolísticos que repercuten en un precio que ya reconocen muy desfavorable.

En 1967, como vemos, son escasos los síntomas que permiten entrever un futuro esperanzado para las gentes de estas comarcas. Sin embargo, desde dos años antes, la zona de Teo había quedado sujeta a concentración parcelaria y ordenación rural; pero tales trabajos, como el mismo decreto, no entusiasman en absoluto, apenas dan frío ni calor.

B) Nacido por estas tierras, Avelino Pousa Antelo es otro constante observador, atento y preocupado por la evolución de las mismas (41). En 1970, cuando regresa a sus pagos, después de una estancia de seis años en Zaragoza, mide las transformaciones operadas en el paisaje agrario, pero su valoración resulta descorazonadora:

A verdade é que non foi gran cousa o que se millorou niste intre de tempo, malia a que outras rexiós cambiaron moito nistes anos. O que sí vexo agora, é que os problemas sociais e económicos

(41) Utilizamos aquí dos trabajos suyos (1968 y 1971). El primero refleja, en gran medida, la situación de las aldeas barcalesas en 1965. El segundo, que es en realidad una revisión del primero, permite establecer comparaciones entre aquel año y 1970. Pousa Antelo había vivido en Zaragoza, fundamentalmente, durante los años intermedios, alcanzando en ellos la titulación de gerente de cooperativas. Era, sin duda, el máximo propagandista gallego de la cooperación comunitaria.

das nosas aldeas son moito máis graves e agudos que denantes.

E decateime tamén do intrés que hoxe sinten os nosos labregos polo cooperativismo que, en moitas zonas, é xa unha necesidade imperiosa se non se queren deixar as terras a campo.

¿Cuáles fueron, en realidad, los sutiles cambios que Pousa Antelo registra en el paisaje campesino de Barcala?

Parece justo aquel pesimismo, pues las transformaciones agrarias son escasas, incomparables a las que se observan en el entramado comunitario y en la propia casa. La superficie media de la explotación que tipifica (5,5 ha) se ha visto incrementada en 1 hectárea. El labriego aprovechó la circunstancia para aumentar la superficie de su labradío, lo que indica que este cambio queda inserto en la lógica del policultivo tradicional de subsistencia (Jesús García Fernández, 1975); no extiende, ni de forma proporcional, el espacio destinado a praderas, cosa que explica y confirma también el hecho de que la cabaña ganadera permanezca estancada. Mantiene el mismo número de fincas aunque —es de suponer— se atenuara su dispersión por efecto de la concentración parcelaria (recuérdese que Barcala fue comarca pionera en Galicia). Quizá el cambio más significativo se ofrezca en el incremento del espacio dedicado a obtener patatas, trigo y centeno, cosa que le permite mejorar el nivel de consumo alimenticio de la casa (y de la cabaña), pues, como veremos, hay notables ausencias en la misma. Nada más. El policultivo de subsistencia —reconoce Pousa Antelo— sigue predominando sobre la agricultura y la ganadería comercial.

Los cambios parecen mucho más drásticos en otros aspectos. En 1968 vivían en la vieja casa el abuelo, su hijo casado, la mujer de éste, y la prole (cinco hijos, tres de ellos *mozos*). Seis años después estos tres se habían marchado al extranjero. La familia se redujo a la dimensión normal-típica de los cinco residentes. En 1967 tuvo la casa luz eléctrica. La alimentación es tradicional, pero ya se

advierde la presencia de pescado congelado (42). Hecha la valoración global de los ingresos vienen a suponer un salario que oscila entre las 54 y las 64 pesetas diarias que no aceptaría ningún empleado de la industria; tal salario mantiene a la agricultura como un tipo de ocupación residual que sólo interesa a quienes no tienen otro oficio ni beneficio. ¡Ah! También en Barcala había aparecido el televisor, como gran novedad.

El pesimismo de Pousa Antelo coincide, punto por punto, con aquel que refleja nuestro *diario de ruta*, correspondiente a febrero de 1969, cuando atravesamos el valle en viaje de estudio. Allí anotamos la decepción, incluso oficial, por el «fracaso» del plan de ordenación rural. En efecto: pese a la relativa progresividad demográfica, todo distaba mucho de ser boyante: el paro estacional iba de octubre a febrero; la mujer, como los mismos niños (a pesar de las protestas del profesorado) parecían insustituibles en los trabajos. El duro bregar de cada día; la barrera —parecía invencible— de la mecanización, cargaba de derrotismo a todo el mundo. Sólo la emigración señoreaba el ambiente, como amenaza radical (43). Pero es sin duda de aquí de donde procede el punto de arranque del complejo proceso «cooperativo» que se dibuja a partir de entonces. Río Barja resumía el remate del proceso en estos términos (44):

La base económica de esta comarca sigue siendo todavía la agricultura (con el 93 por 100 de la población), aunque el sector ganadero es actualmente de suma importancia. Dos hechos han

(42) No puedo extenderme, como sin duda quisiera, en reflejar los cambios, extraordinariamente significativos, que se produjeron en los últimos cien años tanto en la forma de vestir como en el régimen alimenticio de nuestras aldeas. De este último aspecto hay material abundante (y García Fernández incluye en su libro una sugerente reflexión); del primero está todo por hacer, pese a su relevancia.

(43) El 5 de febrero de 1969, cuando íbamos camino de Muxía, subimos al coche a un solitario caminante. Resultó ser un labrador, padre de 10 hijos, de unos 50 años. Se disponía a despedir al último de aquéllos: «por moitos que se teñan —nos dijo, resignado, pero con tristeza— marchan todos». El nos explicó, por vez primera, los sutiles cambios introducidos en su explotación, cómo fue sustituido el buey por las vacas, las vacas del país por las extranjeras, cómo la pradera ganaba espacio al cereal, como —pese a todo— la cabaña y la leche parecía la única salida a una familia labradora privada del apoyo laboral de los hijos...

(44) Cfr. *Gran Enciclopedia Gallega* (Vid: «Barcala»).

cambiado las estructuras agrarias barcalesas: la concentración parcelaria y la acción cooperativista. Esto motivó un cambio de enfoque hacia la explotación ganadera y las antiguas agras de trigo y centeno han dejado paso al maíz forrajero, especialmente híbridos, que ocupan dos tercios de las tierras labradías; el otro tercio lo ocupan principalmente los prados y las patatas y otros cultivos. En un 90 por 100 las tierras son explotadas por sus propietarios, siendo el número de explotaciones menores de 0,5 hectáreas, pequeño (el 4 por 100), en tanto que las explotaciones de 5 a 20 hectáreas alcanzan el 45 por 100.

Pero quizá el giro más acusado en la economía del valle ha sido provocado por el espíritu cooperativista. Creada en 1969, la cooperativa agrupa casi 5.000 socios en un radio de acción que excede con mucho los límites del valle de Barcala, abarcando los municipios de Negreira, Ames, Brión, A Baña, Santa Comba, Mazaricos, Rois y O Val do Dubra. La actividad básica de la cooperativa es la producción de leche y piensos, pero atiende también a la promoción agrícola-ganadera de la comarca, acentuando la producción de forrajes y el uso de semillas selectas fertilizantes. Además, la importación de ganado vacuno de alta calidad, recría de vacuno, red de frío a nivel de producción, etc. Dicha cooperativa, quizá uno de los esfuerzos económicos, a nivel de labradores, más importantes de España, pretende, con su movimiento anual de 500 millones de pesetas, proporcionar un estímulo de cambio radical en la tradicional economía de la comarca.

Es, como se ve, una interpretación entusiasta que distan mucho de compartir todos. Parece innegable que, sin menoscabo de la evidente importancia de la experiencia, también se manifiesta clara la decepción, muy sentida en amplios sectores del campesinado. La lucha política no fue

ajena a ella (45). Se ponía en entredicho la orientación, decididamente capitalista, y la gestión de Jesús García Calvo, su cabeza visible, que preside la Junta Rectora de FEIRACO desde la fundación, como de UTECO de La Coruña (también contestada con dureza entonces en varios documentos que llegaron a la prensa diaria) (*). FEIRACO no es, por otra parte, la más ambiciosa experiencia de este estilo. Las COREN-UTECO tienen su misma edad. Concebidas y alentadas por Eulogio Gómez Franqueira han rebasado, ampliamente, la importancia de aquélla, sin que tengan sobre sí —de momento, por lo menos— una contraofensiva tan ruidosa (46). Resulta en extremo curioso que un gran observador, como Río Barja, no aluda siquiera a la otra experiencia paralela (aquella, por cierto, que venía alentando Pousa Antelo desde la propaganda escrita). Me refiero a la explosión de cooperativas de dimensión parroquial e intención comunitaria, que viven un tanto por el ejemplo (por el espejismo, también) de la pionera navarra de Zúñiga. En realidad, este último movimiento cooperativo se inicia, de manera aislada, apenas conocida, en San Saturnino (1964), si bien, a partir de 1966, se concentra en las comarcas compostelanas que tienen a Negreira por punto inmediato de referencia (47). Su éxito presente, si se atiende al pesimismo que transparentan las recientes declaraciones de sus impulsores pioneros, parece haber sido limitado; pero constituye otra alternativa muy digna de llevar en cuenta.

Así, tanto por las variadas iniciativas individuales, como por estas orientaciones, diversas, «de grupo», se percibe un nuevo horizonte, abierto decididamente al mercado, en la agricultura gallega, horizonte que también debe comprender

(45) Cfr. A Fouce, «FEIRACO, unha empresa capitalista mais», núm. 8, marzo 1975, primera arremetida de una serie que no sólo alientan Comisións Labregas.

(*) Quizá debido a esta circunstancia, García Calvo ya no preside UTECO actualmente.

(46) Para el caso de las COREN-UTECO, cfr. Gonzalo Fernández, 1975. La ofensiva contra Gómez Franqueira es, por el momento, más política que económica; se ha centrado mayormente en la orientación que dio a las cooperativas vinícolas. Como en el caso barcalés, se acusa también a estas poderosas organizaciones de practicar una especie de neocaciquismo consistente, por una parte, en mantener una gestión cerrada y autoritaria, por otra, en convertir el dominio económico de la dirección en poderío político.

(47) Sobre este movimiento, cfr. Avelino Pousa Antelo, «Cooperativismo», *Gran Enciclopedia Gallega*; también Mario Orjales Pita (1979).

a las industrias agrícolas y a las mismas experiencias comercializadoras de muchas casas-granja, individuales. Aquí sólo me resta destacar el hecho de que sean, pese a todo, excepcionales. Mucho más común es el mantenimiento de formas complejas de agricultura *mixta*, de base familiar, orientada fundamentalmente al autoconsumo de una compleja variedad de *casas*, formas estas que, en los casos menos afortunados, se mantienen como puro *refugio*, como especie de *reserva*, de modos de explotación tradicionales *sin futuro*.

C) Mario Orjales Pita, que es testigo participante, observador diario de la circunstancia agraria del país, me comunicaba gráficamente esa realidad de que Galicia se haya convertido en mosaico de agriculturas múltiples, en museo imaginario, vivo, dramático, colorista, apasionante para el estudioso del presente, el pasado y hasta el futuro de los campos. Jesús García Fernández (1975), en un libro fundamental, modelizó cuidadosamente el sentido del policultivo tradicional de subsistencia, pero quizá haya pasado por alto el hecho de que ya el presente de aquel sistema es crítico, que incluso se siente como tal por sus verdaderos protagonistas. También en este libro parece leerse, como única vía de salida al atolladero, la que protagonizaron con anterioridad otros pueblos de la España Atlántica. Que el futuro de la agricultura gallega sea de tal o de cual modo es algo que ha interesado mucho últimamente a los investigadores. Abad Flores, por ejemplo (1977), parece más optimista que García Fernández y, quizá, que nosotros; confía en una reforma agraria, abierta y galleguista, que mantenga la base *familiar* y el sistema *mixto*. Dentro de esta misma línea, pero radicalizando el sentido hasta llegar —si es correcta nuestra lectura— a una especie de *tradicionalismo progresista*, se manifiesta Ramón López Suevos (1975). Quizá se haga preciso reconocer, en éste como en tantos otros aspectos de la realidad gallega, que la dinámica —por supuesto que favorecida por el Estado y las circunstancias— es ya nítidamente capitalista (48). Frente a ella los

(48) Atiéndase, por ejemplo, a los anuarios agrícolas que publica la Caja Rural de Orense, donde se transparentan algunos signos del dinamismo capitalista en proyectos, aún indefinidos, caso de los bancos de tierra, por ejemplo.

movimientos políticos de orientación marxista, anarquista o nacionalista de carácter popular, como la *nueva izquierda*, no parecen todavía interesados en ensayar, junto a los campesinos, experiencias creativas, ajustadas en más o en menos a sus particulares concepciones. La izquierda gallega se diferencia así de la actuante en algunas áreas españolas, pues limita sus actividades (según nuestro actual nivel de información) al apoyo incondicional (que suena a paternalista e indiscriminado muchas veces) de un precioso cuerpo reivindicativo (49). Es asunto grave; tanto más entre nosotros, pues el campesinado gallego no ha vivido experiencias alternativas (las *colectivizaciones* de la guerra civil, pongo por caso) y permanece ideológicamente asentado en esquemas y valoraciones circulantes, que tiene por eternas e inamovibles muchas veces.

El tecnocratismo, por otra parte, dista mucho de ser algo exclusivo de la derecha: hace estragos entre ideólogos y arbitristas de la oposición. Ver, pongo por caso, la agricultura gallega a través del *modelo europeo*, volcada casi exclusivamente sobre el ganado, la carne, la leche y la riqueza forestal, se nos antoja simplificación excesiva y hasta temeraria. Aquel modelo, por lo demás, dista mucho de ser tan unívoco como nos aseguran los cuadráticos realistas. Para nosotros la única ventaja del futuro es el ensueño, y, sin que neguemos parte de relevancia a tales argumentos, quisiéramos palpar y contagiar nuestro regusto, quizá utópico, en la contemplación de una agricultura gallega muy diversificada, de experiencias múltiples: otra vez con tabacales, con nuevos cultivos de setas y flores, con amplios espacios dedicados al frutal, con dependencias especializadas en la extracción del juego de la zarzamora... Así soñábamos algunas veces, compartiendo ideas y experiencias de otros trotamundos —caso concreto de Luis Seoane, hijo de vegetariano (y vegetariana era, en gran medida, la alimentación de nuestros ancestros)— pues toda transformación, imaginativa y radical, ha de ser crítica

(49) Recuerde el lector que un complemento de este ensayo se ofrece en J. A. Durán (1979). Allí se observa la conflictividad presente y la nueva organización agraria de Galicia.

y globalizante, ha de afectar incluso a nuestro rígido y perezoso esquema alimenticio (plagado de tabúes, además), acostumbrándonos a diversificar la dieta, no por la vía modernista de engullir lo exótico, sino por la moderna de utilizar aquellos frutos que brotan, espontánea o culturalmente, de nuestra propia tierra...

Sueños todos realizables, todavía. La apocalipsis dista mucho de haberse cumplido en nuestros campos, si bien el proceso de desintegración avanza con pasos firmes.

Galicia, en la utopía revolucionaria de Méndez Ferrín, debe salvarse en los suburbios. Quiero creer que sólo se trata de una imagen del poeta de la pólvora y de las magnolias: el suburbio no es sólo ciudadano entre nosotros; apéndices demolidos por la ciudad son nuestros campos, el suburbio empieza en ellos y el futuro de este país, como el del mundo entero, pasa por los campesinos. De ellos puede venir incluso la última palabra...

BIBLIOGRAFIA

- ABAD FLORES, Obdón Luis, *Una opción para la reforma agraria de Galicia*, Madrid, 1977.
- ALDEMUNDE, Arturo, *Os labregos na prensa galega*, Pontevedra, 1979.
- ÁLVAREZ, Santiago, *Ensaio encol do problema nacional galego*, Madrid, 1976.
- *El Partido Comunista y el campo*, Madrid, 1977.
- ANLLO, Juan, *Estructura y problemas del campo español*, Madrid, 1966.
- AYESTARAN ARANAZ, Margarita; CUEVA ALONSO, Justo de la, *La comarca de la Ría de Arosa. Sus familias en 1974 (Avance de los resultados de una investigación sociológica)*, Sevilla, 1974.
- BANCO DE BILBAO, *Galicia. Su realidad socio-económica*, Bilbao, 1970.
- BANCO DE BILBAO (Servicio de Estudios), *Galicia. Realidad económica y conflicto social*, La Coruña, 1978.
- BEIRAS, José Manuel, *El problema del desarrollo en la Galicia rural*, Vigo, 1967.
- *Estructura y problemas de la población gallega*, La Coruña, 1970.
- *O atraso económico de Galicia*, Vigo, 1973.

- BOUHIER, Abel, *La Galice. Essai Geographique d'Analyse e d'Interpretation d'un Vieux Complexe Agraire*.
- BOURDIEU, Pierre, «La société traditionnelle», *Sociologie du Travail*, enero-marzo, 1963.
- y Abdelmalek SAYAD, *Argelia entra en la Historia*, Barcelona, 1965.
- CABO ALONSO, Angel, «Evolución del paisaje agrario gallego», *Aportación Española al XX Congreso Geográfico Internacional*, (1964).
- «El marco físico», en el volumen colectivo titulado *Galicia*, Madrid, 1976.
- CAJA RURAL PROVINCIAL DE ORENSE, *Estudio económico. La agricultura gallega en 1975*, Madrid, 1976.
- *Estudio económico. La agricultura gallega en 1976*, Orense, 1977.
- CARITAS ESPAÑOLA, *Plan C C B*, Madrid, 1965.
- CARO BAROJA, Julio, «La despoblación de los campos», *Revista de Occidente*, núm. 40, Madrid, julio, 1966.
- «El porvenir de la vida rural», *Información Comercial Española*, núm. 403, Madrid, 1967.
- CASTELLS VILA, M. R., *La comarca natural de Viana del Bollo*, La Coruña, 1967.
- CEÑADOR MERCADO, M. A. ; HERCE VALLEJO, M., «La Estrada, comarca del medio rural gallego: subdesarrollo y cambio», *Ciudad y Territorio*, Madrid, núm. 3, 1972.
- COLINO SUEIRAS, Pepe, «O proceso de mercantilización da agricultura galega», *Nova Galiza*, núms. 1 y 2, 1978.
- CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORROS, *Situación actual y perspectivas de desarrollo de Galicia*, Madrid, 1974.
- CONSEJO ECONÓMICO SINDICAL DEL NOROESTE, *Estudios de ponencias y de comisiones*, policopias de varios años.
- CORES TRASMONTE, Baldomero, *Sociología rural de Galicia*, La Coruña, 1973.
- Cuadernos de Ruedo Ibérico*, «Galicia hoy», 1966.
- CHRISTIAN, William A., «La religiosidad popular, hoy», en *Banco de Bilbao*, 1978.
- DURÁN, J.A., *Historia de caciques, bandos e ideologías en la Galicia no urbana*, Madrid, 1972.
- *Agrarismo y movilización campesina en el País Gallego*, Madrid, 1977.
- *El problema de la propiedad de la tierra en la Galicia de la Restauración* (en preparación).
- DURÁN, J. A., «Conflictos campesinos. El nuevo agrarismo», en *Banco de Bilbao*, 1978.
- ESCUELA DE ENSEÑANZA SOCIAL DE GALICIA, «Informe sociológico sobre el municipio de Teo», *Bol. Informativo del Consejo Económico Sindical del Noroeste*, julio, 1969.

- FOESSA, Fundación, *Informe sociológico sobre la situación social de España*, Madrid, 1966.
- FREIXANES, Víctor, *Unha ducia de galegos*, Vigo, 1976.
- Gran Enciclopedia Gallega*.
- FABRA, Gustavo y otros, *Los gallegos*, Madrid, 1976.
- FERNÁNDEZ, Gonzalo, *Galicia y las cooperativas orensanas*, Madrid, 1975.
- FOSTER, George M., *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*, Méjico, 1964.
- Tzintzuntzan, Méjico, 1972.
- GALLASTEGUI UNAMUNO, Cruz, *El campo gallego*, Buenos Aires, 1958.
- GALESKI, Boguslav, *Sociología del campesinado*, Barcelona, 1977.
- GARCÍA, José Luis, *Antropología del territorio*, Madrid, 1976.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Jesús, *La emigración exterior de España*, Barcelona, 1965.
- *Sobre la agricultura de grupo en Castilla la Vieja. El caso de un pueblo organizado en régimen cooperativo*, Valladolid, 1970.
- Organización del espacio y economía rural en la España Atlántica*, Madrid, 1975.
- GARCÍA SABELL, y otros, *A Galicia rural na encrucillada*, Vigo, 1975.
- GONZÁLEZ VIDAL, Manuel, «La cuestión marisquera» y «El conflicto en el sector marisquero», *Banco de Bilbao*, 1978.
- HUETZ DE LEMPS, Alain, *Vignes et vignobles du Nord-Ouest de l'Espagne*, Burdeos, 1967.
- I. N. E., *Primer Censo Agrario*, Madrid, 1962.
- *Censo Agrario*, Madrid, 1972.
- I. N. E. (O. E. R. G. A.), *Síntesis estadística de Galicia*, Madrid, 1976.
- LEMA SUÁREZ, Xosé María, Ramiro. *Un estudio do hábitat rural galego*, Santiago, 1977.
- LISÓN TOLOSANA, Carmelo, *Antropología cultural de Galicia*, Madrid, 1971.
- LÓPEZ CANABAL, César, *El campo pontevedrés, gran problema*, Pontevedra, 1960.
- LÓPEZ SUEVOS, Ramón, «O papel do excedente agrícola na economía galega», en GARCÍA SABELL Y OTROS, 1975.
- MALEFAKIS, Edward, *Reforma y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, 1971.
- MAPA AGRONÓMICO NACIONAL, *Mapas provinciales de suelos: Lugo* (Madrid, 1961); *Pontevedra* (Madrid, 1964).
- MÍNGUEZ, Alberto, *Galicia. Exodo y desarrollo*, Madrid, 1967.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA: *Vid Mapa Agronómico Nacional y Servicio Nacional de Concentración Parcelaria*.

- MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA, *Planificación de la educación, Galicia*, Madrid, 1970.
- MUÑOZ PÉREZ, José; ARRANZ, Juan Benito, *Guía Bibliográfica para una Geografía Agraria de España*, Madrid, 1961.
- NAREDO, José Manuel, *La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*, Barcelona, 1971.
- NAREDO, José Manuel y otros, *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970)*, Madrid, 1975.
- NOGUEIRA, Camilo, *Población y desarrollo económico en Galicia*, Santiago, 1977.
- ORJALES PITA, Mario, «La agricultura de grupo», en *Banco de Bilbao*, 1978.
- ORJALES PITA, Mario, «Os campesiños galegos (De servos a nómadas)», *La Voz de Galicia*, I-I-1975 (a).
- «Crise da casa como sistema de produción e máis de convivencia», en García Sabell y otros, 1975 (b).
- OTERO DÍAZ, Carlos, «Caracteres esenciales de la agricultura gallega», *Agricultura y sociedad*, Madrid, núm. 2, 1977.
- PALERM VIQUEIRA, Juan Vicente, «Notas para una tipología de comunidades rurales», en Alfredo Jiménez y otros. *Primera reunión de antropólogos españoles. Actas, comunicaciones, documentación*, Sevilla, 1975.
- PARRA, Tomás; ROJO, Teresa; SANZ, Luis, *Efectos territoriales de los procesos de cambio social en regiones deprimidas*, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Madrid, 1979.
- PAZ ANDRADE, Valentín, *Galicia como larea*, Buenos Aires, 1959.
- *La marginación de Galicia*, Madrid, 1970.
- PAZ ARES, José Cándido, *Régimen de los llamados montes vecinos de Galicia*, Vigo, 1966.
- PÉREZ DÍAZ, Víctor, *Estructura social del campo y éxodo rural. Estudio de un pueblo de Castilla*, Madrid, 1966.
- *Pueblos y clases sociales en el campo español*, Madrid, 1974.
- «Cambios sociales y transformaciones culturales» (variaciones sobre el proceso de cambio de la Castilla campesina), *Agricultura y sociedad*, núm. 2, 1977.
- PÉREZ IGLESIAS, María Luisa, *Estudio geográfico de la ganadería en la provincia de Pontevedra*, Santiago, 1972.
- PÉREZ TOURINO, «Dominación do capitalismo monopolista e cambeos na economía agraria galega», *Materiales*, núm. 5, 1977.
- POL, Francisco, y LLANO, Pedro de, «La aldea gallega», *Cuadernos para el Diálogo*, Madrid, noviembre de 1973.
- PORTELA, César, «La ordenación del territorio, el transporte y la vivienda», en *Banco de Bilbao*, 1978. Hay circulando una versión

- gallega, pirata (1980), que contiene, entre otros, este capítulo.
- POUSA ANTELO, Avelino, *Estudo dunha cooperativa de explotación comunitaria pra unha parroquia rural galega*, Vigo, 1968.
- ¿Valen ou non as cooperativas de explotación comunitaria pra o campo galego?, Vigo, 1971.
- Revista Galega de Estudos Agrarios*.
- RIAL LÓPEZ, Pedro, *Pontevedra agrícola*, Vigo, 1969.
- RIO BARJA, Francisco Javier, «Estudio económico del valle de Mahía», *Rev. de Economía de Galicia*, núms. 3-4, 1958.
- *Bibliografía de Geografía Económica de Galicia*, Vigo, 1960.
- Revista de Economía de Galicia*.
- RUIZ FUENTES, Rafael; PÉREZ VILARIÑO, José, *Vivir en Galicia*, Madrid, 1977.
- SERVICIO NACIONAL DE CONCENTRACIÓN PARCELARIA, *Explotaciones agrarias familiares. Contribución a su estudio en la provincia de La Coruña*, Madrid, 1963.
- SEVILLA GUZMÁN, Eduardo, Prólogo a la edición castellana de Boguslav GALESKI, 1977.
- y PÉREZ YRUELA, Manuel «Para una definición sociológica del campesinado», *Agricultura y sociedad*, núm. 1, 1976.
- SHANIN, Teodor, *Naturaleza y lógica de la economía campesina*, Barcelona, 1976.
- TORRES LUNA, M. P., «Ensayo de tipificación de los paisajes rurales gallegos», *Geographica*, núm. 2, 1972.
- UNIVERSIDAD DE SANTIAGO, *Miscelánea de geografía de Galicia en homenaje a Otero Pedrayo*, Santiago, 1978.
- VILAS NOGUEIRA, Xosé R., «A relación vila-aldea: conflicto explícito e implícito», en GARCIA SABELL y OTROS, 1975.
- WOLF, Eric R., *Los campesinos*, Barcelona, 1971.

RESUMÉ

Les changements qui se sont produits dans les campagnes de la Galicie dans les derniers décennies ont été profonds et démolisseurs. Les formes traditionnelles en vigueur dans cette société, qui paraissaient si résistants et si consistants, apparaissent maintenant en train de démolition radicale. L'évidence de ce processus, à travers d'un discours qui combine l'exploration de la bibliographie la plus récente et l'observation minutieuse, constitue le noeud principal de cet essai interprétatif. Son auteur ne se plaît pas en retournant à chercher les agents causels aux quels d'habitude sont réduits des processus démolisseurs de ce style. Dès une perspective nettement interdisciplinaire, les agents externes et internes, historiques et actuels, politiques, sociaux, culturels, s'imbriquent dans une exploration qui reste ouverte.

SUMMARY

The changes which have taken place in Gallicean agriculture in the last decades have been deep and demolishing. The traditional forms in force in that society, that seemed so resistant and consistent, look now in the process of radical demolition. The evidence of this process, throughout a speech that combines the exploration of the most recent bibliography and a meticulous observation, constitutes the main knot of this interpretative essay. Its author does not take pleasure in coming back to look for the causal agents to what habitually are reduced demolishing processes of this sort. From a clearly interdisciplinary perspective, the external and internal agents, historic and up to date political, social, cultural, are imbricated in an open exploration.

